Tomo 7
REPERTORIO AMERICANO
Núm. 14

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 JUEVES 27 DE DICIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

América en Ginebra

POR segunda vez ha presidido un americano la solemne Asamblea de las Naciones. Primero, Chile, singular elección contra la cual protestaron dos pueblos mutilados, el Perú y Bolivia; después un eminente cubano, delegado de la isla pródiga.

Victoria del Nuevo Mundo, escriben comentadores apasionados, triunfo de las Repúblicas más liberales de la tierra. Decadencia de la Sociedad, de la absurda creación wilsoniana, apuntan los defensores del viejo orden político europeo. Confiando a países sin historia el honor de presidirla, La Liga se trasmuta en institución decorativa y estéril.

Se equivocan los críticos al juzgar así la insistente designación de presidentes ultramarinos. Ya, en la Haya, en la segunda Conferencia de la Paz, reveló el nuevo continente ibérico a Europa inclinada al escepticismo y a la ironía, que podían representarla ilustres juristas, que sus oradores maridaban la precisión y la abundancia, el fervor tribunicio y la sutileza. Sorprendidos, observaron los orgullosos embajadores que Pérez Triana hablaba mejor que ellos las lenguas principales del mundo culto, que Ruy Barbosa podía discutir de *omni re scibili;* que Drago resolvía los más graves problemas jurídicos.

En Ginebra se afirma esa impresión, crece el prestigio del continente joven. Recuerdo sesiones importantes en las cuales de la colaboración discreta y lúcida de los americanos derivaron nueva fuerza proposiciones discutidas con empeño. El delegado del Brasil, doctor Raúl Fernández, dirigía, en el seno de una de las comisiones, los debates sobre la organización de la Corte de Justicia Internacional. Nadie le superaba en erudición, previsión y dialéctica. En una ocasión, escuchando al doctor Juan Carlos Blanco, delegado uruguayo, exclamó Lord Balfour: «estos americanos del Sur que se nos antojan gentes del trópico son más impasibles que nosotros». En efecto, en la palabra fría y clara, en la actitud conciliadora y firme de aquel Ministro nadie podía descubrir tumulto y exuberancia. Otra vez, en plena Asamblea, el presidente M. Hymans confesó que era hábil parlamentario quien discutía con él sobre las atribuciones de la Liga, un delegado colombiano.

Así, colaborando o decidiendo, presidiendo con elegancia y con fe, se distinguen los representantes de un mundo remoto. Cuando se discuten liberales reformas, cuando se abren las puertas del Congreso a nuevos Estados, si los intereses o los prejuicios de un grupo de naciones se definen con violencia, si resuenan generosas palabras, humanidad, justicia, paz: las delegaciones americanas intervienen con ímpetu mozo. Nada suscitó más simpáticos comentarios que la defensa de pueblos bálticos no admitidos todavía, por el delegado colombiano señor Restrepo. Era nuevamente la amistad del pino del Norte por la palmera del Mediodía que cantó Heine.

Inglaterra se se presenta en Ginebra rodeada de colonias y de clientes y gravita su opinión sobre las decisiones del Congreso. América constituye un bloque moral si se conciertan sus representantes, si renuncian a rivalidades menores. Agrupación extraña a las pasiones de Europa, con ideales de justicia pura y una especie de difuso wilsonismo que viene a levantar esperanzas en un mundo triste y a templar las rudezas de la política occidental.

F. GARCÍA CALDERÓN

(*El Mundo*, México, D. F.)

La República de ninguna parte

EN el siglo en que Cristóbal Colón descubrió la América, un escritor inglés dio a luz un libro ingenioso y paradojal, cuyo título pertenece hoy al vocabulario político de todos los pueblos. Tomás Moro imaginó un país de nombre *Utopia*, situado en el lugar donde fué la antigua Atlántida. Allí la vida pasaba dichosa y peregrina. La base de la sociedad era la familia primitiva, compuesta de filarcos y protofilarcos. ¿Que enfermaba uno gravemente? Pues al punto el filarco lo exhortaba a beber una poción que lo enviaba a la tumba.

Una vez delineada sensiblemente, ante sus ojos, la idea de su libro, Tomás Moro empezó a observarla minuciosamente por todos sus aspectos y actitudes para la prosperidad y la cultura del mundo, y sobre aquella telaraña de ensueño expuso, con la gracia y finura de un gentilhombre de la Corte de Enrique VIII, doctrinas fantásticas, ideológicas, que en lo futuro pudieran aplicarse a los Estados. Tras análisis, al parecer, muy completos y sólidos, y lógicas consecuencias, sin duda exactas, Moro concluyó su libro, con no poca sorpresa del lector, con estas significativas palabras: «Muchas cosas hay en esta *República de Ninguna Parte* que deseo, mas no espero, ¿ver realizadas».

* *

De la pluma de un pensador inglés, autor de tal libro, no podía esperarse, sin embargo, pasada la sorpresa, una conclusión tan sabia. El favorito de Enrique VIII, quizá sin advertirlo, escribió un libro que viene a ser a los ingleses lo que el Quijote es a nuestra raza española. El pueblo de los *utópicos* no pasó de una idealidad, de una lucubración inocente que, por lo demás, y no obstante su etérea forma, sirvió para edificar un estupendo castillo en el aire. Una vez desarrollado su plan, pormenorizado el conjunto y deducidos los corolarios de su teoría, Tomás Moro, como buen inglés, no sintió tentación de hacer perdurar aquella fábrica, ni menos pensó en que pudiera transformarse en realidad y oriente de las aspiraciones de los hombres de su

tiempo; antes bien, desengañó al lector al cerrar el libro, conduciéndolo de nuevo al mundo palpable de las cosas, del cual lo había ausentado, deleitándolo, para la experiencia.

De muy distinta suerte pasan las cosas en los infinitamente más ingeniosos y deleitosos sueños del hidalgo de la Mancha.

Las fantasías de Don Quijote no se quedaron suspendidas de los anaqueles de su biblioteca, en Argamasilla de Alba, ni fueron sólo comunicadas discretamente a los viejos amigos, el cura y el barbero; estos desvaríos, al contrario, tomaron cuerpo, ciñeron armadura, desafiaron molinos de viento y fueron apaleados por yangüeses. De modo que cuando don Alonso Quijano volvió en sí y se hizo cuerdo era ya tarde, inoportuno por demás el arrepentimiento, había llegado la muerte.

* *

No es menester mucha penetración para sacar graves y justas aplicaciones de estos raros contrastes que ofrecen ciertas obras que, casi siempre casuales, contienen por modo misterioso, como reflejos de algo de la índole propia nacional, de algo de las recónditas raíces espirituales de los pueblos que las han producido.

El carácter de una nación, así como el de los individuos, puede ser una fortuna o una desgracia, de la misma manera que su suelo puede ser fértil o estéril, plano o montañoso. Las cualidades o defectos de este género, claro está que no pueden desdeñarse o corregirse, según el caso, merced a la sola voluntad y en breve tiempo. Sólo con los siglos se transforman exuberantes, hasta agrietarse, las encinas; y sólo con los siglos se transforman dominadores, hasta decaer, los pueblos. Si aquellas fuerzas y excelencias terrígenas no se vigorizaron con nuevas savias y nuevos aires, el árbol no verterá la frescura de sus arterias repletas, ni extenderá sus robustos brazos bajo el cielo primaveral; raquíticas ramas, en cambio, penderán de su tronco decrépito, sin lozanía y sin fecundidad.

El célebre apotegma originario de Grecia, de *Renovarse o morir*, fué, es y será siempre aspiración universal de la humanidad, fuente del progreso y de la civilización del mundo. Los anhelos, los sueños, los gustos, las virtudes, las debilidades, que constituyen la fisonomía viviente de las naciones, ceden de su predominio o mueren al cabo, bien que conservando hasta en sus despojos, como una ironía, huellas de las obstinación que las perdió.

Un insigne viajero, que a principios del siglo pasado visitó el Oriente, dejó escrito: «Esparta y Atenas han conservado hasta en sus ruinas sus diferentes caracteres», y, después de una hermosa página de tristes reminiscencias, hace esta magnífica síntesis: «Al pasar de las ruinas de Lacedemonia a las de Atenas, sentí que hubiera querido morir con Leonidas y vivir con Pericles».

La Libertad absoluta y soberana, que fué su orgullo y su gloria, mató a Atenas. El Orden, inflexible y rudo, al cual debió sus grandes ciudadanos y sus victorias, mató a Esparta.

* *

En los tiempos presentes estamos asistiendo, sin pensarlo, a crisis trascendentales que hacen volver la memoria al pasado, y especialmente a ciertas épocas: el siglo IV, por ejemplo.

Mas, dejando a un lado las decrepitudes de este género, observemos las zozobras en que se agita España, cepa de nuestras nacionalidades, y, por tanto, nutridas por igual de idénticos jugos. Estas variaciones en el orden de los tiempos son verdaderos alumbramientos, acompañados de torturas y desesperación, y son irresistibles porque la creadora labor universal es como la maternidad, irremediable.

Colombia, digámoslo ya, es, en el tiempo que pasa, y por ciertos aspectos, un país de instituciones únicas, excepcionales. Esencialmente amante de su libertad y autonomía, y profundamente democrático y civilista, no obstante, en un día de confusión y demencia mató lo que más amaba. Hablamos con altivez de soberanía sin recordar que vivimos atados a un convenio ajustado con una potencia espiritual que merma y pone cortapisas a esa decantada soberanía. Y de ese olvido ha venido a despertarnos ayer no más el enviado de esa potencia con esta «proconsular» prevención:

«No podéis adelantar reformas en la instrucción pública del país si ellas han de violar el espíritu y letra del Concordato que os ata a la Santa Sede, y si las iniciáis, yo tendría que intervenir en ejercicio de mi encargo diplomático y de acuerdo con los principios del Derecho Internacional».

Y ahora sí, después de oír la voz del representante del Papa, podremos darnos cuenta de que efectivamente dentro del territorio de la República existen Tribunales que hacen o no hacen justicia en nombre de una entidad que no es la República de Colombia, y por autoridades y leyes que no son las de la Nación; que ejercen mando y jurisdicción en todos los confines del Estado funcionarios que no han sido nombrados por los Poderes públicos y cuyos mandatos, al revés de todos los que confiere la República, son vitalicios e irresponsables.

Y no embargante ser esas instituciones en concepto de «la casi totalidad de los colombianos» (frase consagrada con la cual se designa el analfabetismo nacional), las más sabias y convenientes para nuestra índole, raza y costumbres, hasta el punto de estimarlas sagradas e intangibles, es el caso que otros Estados de América que prosperan y se engrandecen a ojos vistas, nos dejan solos y atrás, y a pesar de ser de nuestra misma raza y costumbres, adoptan reformas que a nosotros nos confunden y desconciertan.

Vivimos, pues, en una *Utopia* ultramarina, el envés de la libérrima de Moro, y cuando en España mismo una enérgica voz se alza para decir al pueblo que en la actual hora de la humanidad no puede seguir ya la misma vieja senda que ha trillado, y aislarse y vivir sola con sus penates; que por fuéra soplan vientos de renovación, cargados de esperanzas y que es menester erguirse y fortalecerse para recibirlos y aprestarse a la nueva lucha vivificante, en Colombia, en esta *República de Ninguna Parte* dormimos *utópicamente* sobre las telas de araña de nobilísimos ideales, sin duda, mas ya anticuados, imposibles, estrafalarios.

¡Loado sea Monseñor Vicentini, Procónsul romano, que ha venido a despertarnos por unos instantes de tan dulces sueños!

CORNELIO HISPANO.

(*El Tiempo*, Bogotá).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dietario en Zig-Zag

Frases hechas

Bujarín, Radek, Zinovief, Lenine, Trotzky. En una de las bodegas de un buque, un marinero discursea a otros marineros. Oímos: «La explotación inicua del burgués»; «Los que estamos sometidos a un yugo ominoso y degradante»; «La Rusia nueva, pendón de libertades»; «La personalidad del hombre consciente que sabe mirar al mundo cara a cara»; «Avanzad, no seáis viles, os llama el Porvenir!»

Y meditamos....

¿Es posible que estas frases que a nosotros, imparciales, nos hacen sonreír; estas frases tan oratorias, tan manoseadas, tan oídas, tan sin raigambres—aun en el mismo orador—puedan entusiasmar a los que las escuchan?

¿Es posible que sus compañeros no perciban que este hombre no es un marinero que habla a otros marineros, en una de las bodegas de un buque, que este hombre usa un lenguaje que no es su lenguaje; que les huye; que se ha artificializado, que las necesidades del perorar arrojaron de su peroración el alma?

¿O es que admiran precisamente esto los marineros escuchantes: al hombre que sabe adquirir sobre de ellos *superioridad*, al hombre que sabe dejar de ser su igual, al que dicta *mandamientos* imperiosos y rotundos, aun que los dicte con frases prestadas?

L'Abbé Hurel

¿Qué fué para la crepitación del pintor Eduard Manet la dulce sombra del Abate Hurel?

Al contemplar—lado a lado—las bellas desnudeces procaces de la *Olympia* y la unción acendrada y sensible del *Jesus insulté par les soldats;* el fresco sensualismo de *Dejeuner sur l'herbe* y el dolor devoto de *Les Anges au tombeau;* los equilibrios desenvueltos de *Bar des Folies* y la recogida comprensión de *Christ et la Madeleine*, podía pensarse que Manet tuvo la doble vida del Hyde y del Jekyll de la novela de R. L. Stevenson. Pero la figura del Abate Hurel asoma la cara.

El Abate Hurel fué la parte mística del pintor Manet, el feliz equilibrio que privó que las *boutades* sensualistas, tan del agrado del artista, llegaran al mojón veteado.

Zolá y la escuela naturalista estaban del lado izquierdo del pintor. (Naná llegó a cuadro). El Abate Hurel estaba a la derecha. Y es la amistad desapasionada, sin molde, la que conservó, para la inmortalidad del pintor amigo, la desnudez infantil, la falta de artificio que hizo escribir a Stephane Mallarmé, refiriéndose a su arte: «Virgen y abstraído guarda la inmediata frescura del hallazgo».

Una escuela iba a aprisionar a un pintor que ya había creado escuela por su fuerza, por su originalidad. El amigo fiel le dijo al oído la palabra *salvadora*.

Los cuadros del Manet místico no tuvieron el éxito de los cuadros del Manet sensual, pero en el conjunto de su obra se siente que el que pintó *Lola de Valencia* pintó también el *Fraile orando*.

El Abate fué copa de árbol sobre el pintor. Fiel, seguro, influenciante, nunca dejó de visitar el taller maldito de la calle de Lavoisier, ni cuando atronaba el escándalo por los atrevimientos del artista. Año tras año, fué callada protección, reposo imperceptible a su lado. Y a la hora de la muerte era un Abate el que rezaba las preces de los agonizantes junto al lecho de Manet: el Abate Hurel aún. El Abate Hurel que, aconsejándolo, guiándolo, dejándolo marchar solo y libre, pero abriéndole cauce—como hizo siempre en vida—guiaba el espíritu del pintor hacia el puerto del eterno descanso.

Rogaríamos a Dios que pusiera al lado de nuestros días un Abate Hurel.

Retratos....

Un periódico español extremista ha publicado retratos de diferentes épocas del Ilustre Jefe del partido radical don Alejandro Lerroux.

Menguada idea y favor menguado para el Ilustre Jefe. Los retratos dicen la farsa entera de su vida.

Hay retratos de la desorientada juventud: el Ilustre Jefe viste con pretensiones de seductor elegante.

Los hay de la edad en que el hombre despierta a la ambición y se orienta. El Ilustre Jefe viste sin saco ni cuello y con los cabellos revueltos; todo muy anárquico.

Los hay de la edad de las atenuaciones. Ha reaparecido el cuello y el saco sin que aún se note en el Ilustre Jefe el atildamiento necesario.

Los hay de la edad de la siega. El Ilustre Jefe viste casi traje de Ministro de la Monarquía: levita de corte inglés.... y gafas montadas en oro.

Fuente

Ha dicho Barbey d'Aurevilly que el nombre era el último suspiro que quedaba de las cosas.

Tú, fuente muerta, sin agua y sin verdor, te llamaste: *Fuente del Novicio Enamorado*.

Napoleón, "poeta en su obra misma"

Es con harta frecuencia que se nos habla de Napoleón como poeta y que la poesía de la acción es evocada y definida de maneras bien atrabiliarias.

Hemos leído en R. W. Emerson: «Bonaparte fué el ídolo de los hombres ordinarios, porque tenía en grado eminente sus cualidades».

No es poeta el que sueña, o el que ambiciona; es poeta el que realiza perdurablemente su sueño, el que deja a los hombres obra de belleza y de eternidad.

¿Qué nos queda de Napoleón? Su recuerdo y unas cuantas carreteras que atraviesan los Alpes. ¿Obra bella? Ninguna. Porque no queremos mezclar belleza con utilidad y creer que todo el que hace construir para sus conveniencias una carretera o un ferrocarril sea un gran poeta. Porque no queremos mezclar belleza con ambición y creer que, por el solo hecho de soñar un mundo bajo un cetro, el más alto título—el de *poeta*—deba otorgarse.

La bibliografía napoleónica no se agota. Pero no habla el hombre en ella, se habla del hombre. Este animador, que llenó el mundo un día, deja a la humanidad anécdota, no enseñanza. Nada esencial sobrevive del héroe cuando no sea su figura, su máscara.

Por la máscara escriben los poetas poesía: «Napoleón atraviesa los Alpes para ver una puesta de sol en el mar de Sicilia»; «Napoleón dice frases junto a las Pirámides»; «Napoleón recibe cuarenta estandartes después de la batalla de Austerlitz». Poesía escriben también los poetas del labriego anónimo que ve titilar la primera estrella en el cielo al erguirse después de esparcir en el surco el grano; poesía escriben también los poetas del pescador sin nombre que se envuelve de espumas y de aurora al lanzar su barca al agua. Y sin tánta teatralidad.

Napoleón dió lecciones de energía. ¡Sí! Se propuso una brillante carrera y la realizó sin reparar en los medios. Suya es la frase: «Una gran celebridad es un gran ruido. Leyes, instituciones, monumentos, naciones, todo se derrumba, pero el ruido continúa y remueve en todas las edades». Al menestral pretencioso no le importa vestir ridículo con tal de que sus ropas sean notadas.

Hemos pasado el tiempo del culto a los héroes, y ya sabemos que un héroe puede despertar las liras, pero que no va aparejado a la heroicidad el don de la poesía: *Nada más poético que Napoleón Bonaparte*, nos han dicho. Si el admirador agregara *para mí*, nada opondríamos. Pero se trata

de generalizar y hacer de Napoleón el prototipo de una poesía que se define: *arte de levantar el espíritu por la fuerza propia* y esto—que tiene mucho del yanquismo de Marden—no puede aceptarse.

Napoleón no fué un poeta. Su obra no es poesía. Su ejemplo fué muralla perniciosa de individualidad. Lo recordamos como un gran estruendo y como una voluta de humo al viento.

Napoleón hombre es completamente anti poético. Edificó sobre la espuma de las multitudes, y paseó, y se teatralizó, consciente del papel que en su historia debía jugar la teatralidad y la frase. Vuelve a hablar R. W. Emerson: «Es completamente cierto que un hombre que se adapta como Napoleón a la inteligencia de las masas que lo rodean, resulta, no sólo representante sino también monopolizador y usurpador de todas ellas». Véanse los libros llenos de vidas y anécdotas del gran héroe devorados por la mediocridad pretenciosa que los ha elevado a fuente de única cultura; véanse los editores que los multiplican porque saben que el manjar que da el ídolo es de fácil digestión.

Assez Bonaparte decimos nosotros como dijo la Francia y la Europa del 1814. *Assez de Napoleón*, América, que bastante daño te ha hecho.

El dinamismo actual debe asentarse sobre otras bases.

La leyenda de unos ojos

FUÉ el noble ultrajado el que la arrastró fría y sangrienta hasta el lago. Como, antes de hundirla, los ojos de la muerta, más azules que nunca, lo miraban, duramente, con el pie, reventó los ojos culpables.

Y los ojos, por un milagro incomprensible—son lo único que ha quedado de la muerta. En esta hora de noche, en que todas las estrellas se duermen sobre la paz del lago, se los ve brillar entre los juncos, convertidos en estrellas también. Dan, en la nocturna sombra quebradiza, su luz de un misterio infinito y de una tristeza hondísima: pregonan todo el amor que los obligó a pecar.

Los refleja el azul reposo del constelado cielo con la misma ternura que las aguas azules del lago reflejan los altos luceros incontables.

Contrastes

LLEGAN a nuestra mesa, conjuntamente, dos libros: *Una Vida Extraordinaria* de Eduardo Zamacois y *Alsino* de Pedro Prado.

Viene el primero dado a luz por poderoso editor madrileño y con una faja que le canta ditirámbicas loas: «Novela como pocas se publican en el mundo. Del autor hermano de Dickens y de Anatole France». ¡Que impudicia! Viene el otro dado a luz por modesto editor de Chile y sin panegírico alguno. Y el primero es el libro de un comerciante desaprensivo y procaz, y el segundo es una bella obra de arte.

Actualmente, la producción literaria americana está muy por encima de la producción literaria de la Madre Patria. América, en la novela, tiene a Manuel Gálvez, Alcides Arguedas, Tomás Carrasquilla, Roberto J. Payró, Eduardo Barrios, Horacio Quiroga, etc., sin contar muchos otros que deben sernos desconocidos por la dificultad de difusión. España, en la novela, por un Miró, por un Valle Inclán, por un Pérez de Ayala, por un Urabayen, por un Baroja, cuántos Beldas, cuántos Hoyos, cuántos López de Haro, cuántos Retanas, cuántos Caballeros Audaces.

Fue algún tiempo que se suspiraba por Madrid, cabeza intelectual de las Américas. Hoy, sin las posibilidades editoriales, la sabríamos a la altura de las embajadas de arte que de Madrid salen: Zamacois, Villaespesa... (Belda y Dicenta, hijo, preparan viaje).

Dos libros nos han llegado conjuntamente. Aburridos del libro del industrial Eduardo Zamacois — hecho con la trampa de la amenidad—lo tiramos a las treinta páginas. El del poeta Pedro Prado, simple, *no novelesco*, lleno de paisajes y de sugestiones, queda en nuestros anaqueles guardado.

El "Prometeo" de Scriabine

EL Maestro Arbós, director de la Sinfónica de Madrid, da una conferencia sobre el músico ruso Alejandro Scriabine antes de lanzar el *Prometeo* del músico al público.

Expectación. El Maestro Arbós habla de la actual anarquía musical y de lo que representa en ella Scriabine: músico cubista... (¿Cubista, Maestro Arbós?). Habla del color de la música; de los solos orquestales a cargo de *clowns*; de la harmonía de la desharmonía; de la música filosófica y teosófica; de los pianos de notas luminosas.

—Risas discretas en los oyentes por los atrevimientos de los nuevos—¿Que será Scriabine, después de tánto preámbulo? La espectación sigue. El público va preparándose para comprender o fingir que comprende. ¡Benditos tiempos! Cuán lejanos estamos de los días en que se silbaba a Wagner. Empezó una época nueva, y los oyentes lo sienten y se recogen en un largo silencio abierto... Y el *Prometeo* de Scriabine principia...

—¿Novedad absoluta? ¡No, nó! Tanteo en busca de nuevos medios para expresarse. Hallazgos de fuerza y matiz. Pero el *Prometeo* de Scriabine es, en lo que tiene de eterno, el mismo Prometeo de los románticos, nuestro Prometeo y será el Prometeo de los futuros. Ruge. Es inmenso. Tiene voz de Titán. Habla del Caos. Es tempestad. Más alto que la montaña en la que la ira de Zeus lo encadenó—cuadro de Brocklin tan ancho como la música de Scriabine—no puede empequeñecerse. La poesía, *única*, lo ha fijado. Y Scriabine llega a la poesía porque sabe y ve al Titán, y nos trae, después, sus rugidos, su mundo, su imagen y—¿por qué no?—las nieblas que velan las cumbres del Cáucaso...

¿Qué nos importan los medios de que se ha valido para lograrlo, si fijó al héroe? Al salir de las manos de Scriabine el Titán vive. Lo volvió a animar. ¿Que lo animó en *cubista*? Lo animó en *arte*.

Que pase Scriabine. Las puertas del Templo le han sido abiertas de par en par.

RAMÓN VINYES

(*La Nación*, Barranquilla).

La biblioteca del maestro Caso

MÁXIMO Bretal ha lanzado la noticia desde las páginas de *El Universal Ilustrado:* el maestro Caso vende su biblioteca. Se me figura que, así escueta y concreta, la nueva es tan dolorosa como el incendio en el laboratorio de Ernesto Mach. Es otro martillazo que el maestro Caso dispara sobre su Moisés. Y se dijera que hay lágrimas ahora en la efigie. Se dijera que, al saltar en pedazos, el mármol grita dolorido.

Antonio Caso, sin embargo, ha tenido el gesto elegante de quien no le da importancia a la propia amargura. El desdén distinguido de quien se despoja, con una sonrisa benévola, de las flores mejores de su jardín, de los jardines más perfumados de su alma. Y ha llamado a un librero, y le ha entregado dos mil ejemplares. El librero, el señor Porrúa, se ha cuidado de exponer aquellas obras en sus más severos anaqueles. Y Máximo Bretal ha dado el alerta. Hay allí una colección estupenda de los griegos. Una edición maravillosa de la Salambó. Todos los filósofos alemanes. Todo Turró. Todo Abenjarius. Todo Bergson. Todo Boutroux. Si Carlitos Noriega no acoge la crónica de Máximo Bretal, la ciudad de México no habría conocido la tragedia.

La tragedia, digo. Y no me recti-

fico. Hay una tragedia en esa noble resignación con que Caso se somete a que su biblioteca, lo que era sin duda más suyo, lo que más le pertenecía, lo que más le consolaba, lo que más le acariciaba, arrancara en carreteles en pos del librero de la esquina del Relox. El generoso teorizante espiritualista sonríe, empero, a las observaciones amorosas de los discípulos. Y él, que es un hogareño incorregible, que en su exedra tiene su entelequia, que por los muros familiares entona sus más bellos epinicios, él dice ahora que, frente a los números nada pudieron los textos. Y por economía, por dignidad de hombre pobre, por espanto a las deudas, el maestro solicitó al librero y se desprendió de sus libros.

Yo veo en todo esto un drama conmovedor por lo que Caso representa y amargo por lo que dicen los íntimos del maestro. Los íntimos dicen: al abandonar la rectoría de la Universidad, Caso no tenía perfectamente definidos sus asuntos económicos. Quedó sólo con sus dos cátedras, y a estas entradas agregó una colaboración semanal en *Revista de Revistas*. Pero el erario padece ahora crisis, los emolumentos no son pagados con puntualidad, y la vida es insaciable y es mala. Caso pudo recurrir a un amigo, de los muchos que le admiran y le quieren. Mas he aquí que el bergsoniano optimista desconfiaba, recelaba, no tenía fe en la amistad de los acaudalados. Acaso, no hubiera por un momento dudado de un discípulo cordial y comprensivo. Pero ¡ay! los discípulos comprensivos y cordiales pocas veces llevan oro en la escarcela. Cuando esos discípulos, ya hombres, se hacen ricos, vuélvense a menudo desmemoriados.

El maestro fué a ver a Porrúa y le propuso la venta de su biblioteca. Porrúa no creyó en un principio. El maestro insistió una y otra vez. Al cabo, recogió a Porrúa en un coche. Y Porrúa no pudo ya negarse.

Ahí están ahora, en la librería patriarcal y obscura, dos mil tomos del maestro. La aventura tiene un horrible significado y sugiere una triste enseñanza. Vasconcelos y Caso son directores, aún sin quererlo, de dos movimientos intelectuales en su patria. A Caso se le respeta con fervor y se le sigue con devoción en el aula. Sin embargo, un día, por un error, por una convicción, por una idea, Caso se aparta de la Universidad. Y cuando apaga la luz en la rectoría, abre el interruptor en la biblioteca de su hogar y llama a un librero para venderle sus libros.

Para desprenderse—digo yo—a jirones, de su alma.

GASTÓN ROGER

(*El Mundo*, México, D. F.)

Contra y por Rubén Darío

Madrid: 25-octubre-1923.

Sr. D. J. L. Pando Baura.

Junta Suprema de Patronato del Primer Congreso de Juventudes Hispano-americanas. — Secretaría: Excmo. Ayuntamiento de Madrid, (España).

Muy señor mío: he recibido su atenta carta circular del 22 del corriente, en la que me invita usted a aceptar mi designación para vocal de la Junta que ha de entender en la erección de un monumento, en Madrid, a Rubén Darío.

Agradezco profundamente el honor que me hacen usted, esa «Juventud Hispano-americana y las personalidades adheridas a la idea»; pero lamento tener que decirle que no me son gratos estos negocios de hispano-americanismo de oficio, liceo y junta suprema, y que, por lo tanto, me es imposible aceptar designación tan honrosa para mí en sí misma y más con la compañía de los variados señores que constituyen dicha Junta: — Presidente: Armando Palacio Valdés. — Vocales: Azorín, José Ortega y Gasset, José María Salaverría, Ramón Pérez de Ayala, Antonio Machado, E. Gómez de Baquero, Eduardo Marquina, Emilio Carrere, Luis de Tapia, Antonio Espina, Antonio de Hoyos y Vinent, Enrique de Mesa, R. Goy de Silva, Adolfo Cuenca, José de la Cueva. — Secretario: J. L. Pando Baura.

La ¿popularidad? que, desde los últimos años de su vida, arrastra diariamente a Rubén Darío de un lado absurdo a otro vano, nace, por desdicha del poeta, de aquellas vagas concesiones de su turbio ocaso, que sería más piadoso borrar para siempre con una oscura noche limpia. La gente toda, con motivo o sin él, viene cogiendo, hace diez o doce años, al bondadoso y grande americano—como otro día a nuestro pobre andaluz Bécquer,—para lugar común constante-cita, parodia-de una ridícula, barata farsa de gloria. ¡No, no más! Si el poeta, al final de su traqueteada y triste existencia, cayó un poco—por sinrazones sólo disculpables «en él», que tanto tenía de razón alta—en ciertos nauseabundos beleños de patriotería, academicismo y compadreo fácil, la obligación de quienes lo admiramos de veras es no hundirlo más—con la pesada mortaja de un uniforme que él se puso a veces, inconcientemente, como un niño—en ellos; sino levantarlo, en una purificación de respetuoso «olvido transitorio», hasta que quede únicamente de él lo que no puede nunca entrar en carroza de cartón ni velada de encrucijado Ateneo, a una música celestial... de plafón con semimusas.

En cuanto a la idea concreta del monumento: el Rubén Darío que tenemos la ineludible deuda de perpetuar en esta España que tales pruebas le mereció de exaltación y cariño, no puede ser—insisto, porque será necesario insistir mucho en esto—ese Rubén Darío tan manoseado por ahí, de revista cuché y latina de modas, turné de ballena indefensa, postal, álbum, abanico y ¡ay! prólogo de compromiso diplomático o periodístico: cantor vicioso que correspondería a un bloque nefasto de esos que van cayendo sobre Madrid; sino el otro, mejor, el «uno», arisco y desnudo, de la mar, la carne y el cielo; «presencia» que se evadirá ¡no lo dudéis! de glorietas de quita y pon, de encostalados y machuchos pedruscos «de la raza», de procesiones cívicas, de amparos de comedia. Y éste lo que anda pidiendo a gritos divinos es... edición seria y cuidada, lectura tranquila en ella, ¡no más empalagosa imitación!, y gozo ardiente, recogido.

Estoy seguro de que doy alegría a la sombra tolerante de mi inolvidable amigo y maestro no interviniendo en favor de este asunto monumental. Si hay quienes piensen como yo, me declaro dispuesto a formar parte con ellos de una agrupación contra «ese» monumento y por el otro: la edición perfecta, sólida, sencilla, definitiva, que digo, de su obra buena.

Usted, Sr. Pando Baura, me perdonará, y con usted esa «Juventud Hispano-americana y esas personalidades adheridas», si con esta carta contrarío los intereses de ustedes; pero he creído que mi deber era escribirla y publicarla. Si en otra cosa más de acuerdo con mi modo de sentir y pensar puedo servirle, cuente con su afmo. y muy reconocido s. s. q. b. s. m.,

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

(*España*, Madrid).

Dr. ODIO DE GRANDA
MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.

No es el "Repertorio Americano" revista de círculo: es tribuna abierta a los cuatro vientos del espíritu. Por lo tanto, los que en ella quieran colaborar opinan con suma libertad. Sin que eso implique que su editor haga propias todas las opiniones ajenas o se haga responsable de las mismas.

2) # Página lírica
de Gabriela Mistral

DOLOR

LOS SONETOS DE LA MUERTE

I

Del nicho helado en que los hombres te [pusieron,
te bajaré a la tierra humilde y soleada.
Que he de dormirme en ella los hombres no [supieron,
y que hemos de soñar sobre la misma [almohada.

Te acostaré en la tierra soleada con una
dulcedumbre de madre para el hijo dormido,
y la tierra ha de hacerse suavidades de cuna
al recibir tu cuerpo de niño dolorido.

Luego iré espolvoreando tierra y polvo de [rosas,
y en la azulada y leve polvareda de luna,
los despojos livianos irán quedando presos.

Me alejaré cantando mis venganzas [hermosas,
¡porque a ese hondor recóndito la mano de [ninguna
bajará a disputarme tu puñado de huesos!

II

Este largo cansancio se hará mayor un día,
y el alma dirá al cuerpo que no quiere [seguir
arrastrando su masa por la rosada vía,
por donde van los hombres, contentos de [vivir...

Sentirás que a tu lado cavan briosamente,
que otra dormida llega a la quieta ciudad.
Esperaré que me hayan cubierto. [totalmente...
¡y después hablaremos por una eternidad!

Sólo entonces sabrás el porqué, no madura
para las hondas huesas tu carne todavía,
tuviste que bajar, sin fatiga, a dormir.

Se hará luz en la zona de los sinos, oscura;
sabrás que en nuestra alianza signo de astros [había
y, roto el pacto enorme, tenías que morir...

III

Malas manos tomaron tu vida desde el día
en que, a una señal de astros, dejara su [plantel
nevado de azucenas. En gozo florecía.
Malas manos entraron trágicamente en él...

Y yo dije al Señor:—«Por las sendas [mortales
le llevan. ¡Sombra amada que no saben [guiar!

A su sombra.

¡Arráncalo, Señor, a esas manos fatales
o le hundes en el largo sueño que sabes dar!

¡No le puedo gritar, no le puedo seguir!
Su barca empuja un negro viento de [tempestad.
Retórnalo a mis brazos o le siegas en flor».

Se detuvo la barca rosa de su vivir...
¿Que no sé del amor, que no tuve piedad?
¡Tú, que vas a juzgarme, lo comprendes, [Señor!

INTERROGACIONES

¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los [suicidas?
¿Un cuajo entre la boca, las dos sienes [vaciadas,
las lunas de los ojos albas y engrandecidas,
hacia un ancla invisible las manos [orientadas?

¿O Tú llegas después que los hombres se [han ido,
y les bajas el párpado sobre el ojo cegado,
acomodas las vísceras sin dolor y sin ruido
y entrecruzas las manos sobre el pecho [callado?

El rosal que los vivos riegan sobre su huesa
¿no le pinta a sus rosas unas formas de [heridas?
¿no tiene acre el olor, siniestra la belleza
y las frondas menguadas de serpientes [tejidas?

Y responde, Señor: cuando se fuga el alma,
por la mojada puerta de las hondas heridas,
¿entra en la zona tuya hendiendo el aire en [calma
o se oye un crepitar de alas enloquecidas?

¿Angosto cerco lívido se aprieta en torno [suyo?
¿El éter es un campo de monstruos florecido?
¿En el pavor no aciertan ni con el nombre [tuyo?
¿O lo gritan, y sigue tu corazón dormido?

¿No hay un rayo de sol que los alcance un [día?
¿No hay agua que los lave de sus estigmas [rojos?
¿Para ellos solamente queda tu entraña fría,
sordo tu oído fino y apretados tus ojos?

Tal el hombre asegura, por error o malicia;
mas yo, que te he gustado, como un vino, [Señor,
mientras los otros siguen llamándote [Justicia,
no te llamaré nunca otra cosa que Amor!

Yo sé que como el hombre fué siempre [zarpa dura;
la catarata, vértigo; aspereza, la sierra,
Tú eres el vaso donde se esponjan de [dulzura
los nectarios de todos los huertos de la [Tierra!

LA ESPERA INUTIL

Yo me olvidé que se hizo
ceniza tu pie ligero,
y, como en los buenos tiempos,
salí a encontrarte al sendero.

Pasé valle, llano y río
y el cantar se me hizo triste.
La tarde volcó su vaso
de luz y ¡tú no viniste!

El sol fué desmenuzando
su ardida y muerta amapola;
flecos de niebla temblaron
sobre el campo. ¡Estaba sola!

Al viento otoñal, de un árbol
crujieron los secos brazos.
Tuve miedo y te llamé:
«¡Amado, apresura el paso!

Tengo miedo y tengo amor,
¡amado, el paso apresura!»
Iba espesando la noche
y creciendo mi locura.

Me olvidé de que te hicieron
sordo para mi clamor;
me olvidé de tu silencio
y de tu cárdeno albor;

de tu inerte mano torpe
ya para buscar mi mano;
¡de tus ojos dilatados
del inquirir soberano!

La noche ensanchó su charco
de betún; el agorero
buho con la horrible seda
de su ala rasgó el sendero.

No te volveré a llamar,
que ya no haces tu jornada;
mi desnuda planta sigue,
la tuya está sosegada.

Vano es que acuda a la cita
por los caminos desiertos.
¡No ha de cuajar tu fantasma
entre mis brazos abiertos!

LA OBSESION

Me toca en el relente;
se sangra en los ocasos;
me busca con el rayo
de luna por los antros.

Como a Tomás el Cristo,
me hunde la mano pálida,
por que no olvide, dentro
de su herida mojada.

Le he dicho que deseo
morir, y él no lo quiere,
por palparme en los vientos,
por cubrirme en las nieves;

por moverse en mis sueños,
como a flor de semblante,
por llamarme en el verde
pañuelo de los árboles.

¿Si he cambiado de cielo?
Fuí al mar y a la montaña.
Y caminó a mi vera
y hospedó en mis posadas.

¡Que tú, amortajadora descuidada,
no cerraste sus párpados,
ni ajustaste sus brazos en la caja!

COPLAS

Todo adquiere en mi boca
un sabor persistente de lágrimas:
el manjar cotidiano, la trova
y hasta la plegaria.

Yo no tengo otro oficio,
después del callado de amarte,
que este oficio de lágrimas, duro,
que tú me dejaste.

¡Ojos apretados
de calientes lágrimas!
¡boca atribulada y convulsa,
en que todo se me hace plegaria!

¡Tengo una vergüenza
de vivir de este modo cobarde!
¡Ni voy en tu busca
ni consigo tampoco olvidarte!

Un remordimiento me sangra
de mirar un cielo
que no ven tus ojos,
¡de palpar las rosas
que sustenta la cal de tus huesos!

Carne de miseria,
gajo vergonzante, muerto de fatiga,
que no baja a dormir a tu lado,
que se aprieta, trémulo,
al impuro pezón de la Vida!

CERAS ETERNAS

Ah! Nunca más conocerá tu boca
la vergüenza del beso que chorreaba
concupiscencia, como espesa lava!

Vuelven a ser dos pétalos nacientes,
esponjados de miel nueva, los labios
que yo quise inocentes.

¡Ah! Nunca más conocerán tus brazos
el nudo horrible que en mis días puso
oscuro horror: ¡el nudo de otro abrazo!...

Por el sosiego puros,
quedaron en la tierra distendidos,
¡ya ¡Dios mío! seguros!

¡Ah! Nunca más tus dos iris cegados
tendrán un rostro descompuesto, rojo
de lascivia, en sus vidrios dibujado!

¡Benditas ceras fuertes,
ceras heladas, ceras eternales
y duras, de la muerte!

¡Bendito toque sabio,
con que apretaron ojos, con que apegaron
[brazos,
con que juntaron labios!

¡Duras ceras benditas,
ya no hay brasa de besos lujuriosos
que os quiebren, que os desgasten, que os
[derritan!

VOLVERLO A VER

¿Y nunca, nunca más, ni en noches llenas
de temblor de astros, ni en las alboradas
vírgenes, ni en las tardes inmoladas?

¿Al margen de ningún sendero pálido,
que ciñe el campo, al margen de ninguna
fontana trémula, blanca de luna?

¿Bajo las trenzaduras de la selva,
donde llamándolo me ha anochecido,
ni en la gruta que vuelve mi alarido?

¡Oh! ¡no! Volverlo a ver, no importa dónde,
en remansos de cielo o en vórtice hervidor,
bajo unas lunas plácidas o en un cárdeno
[horror!

¡Y ser con él todas las primaveras
y los inviernos, en un angustiado
nudo, en torno a su cuello ensangrentado!

EL SURTIDOR

Soy cual el surtidor abandonado
que muerto sigue oyendo su rumor.
En sus labios de piedra se ha quedado
tal como en mis entrañas el fragor.

Y creo que el destino no ha venido
su tremenda palabra a desgajar;
que nada está segado ni perdido,
que si extiendo mis brazos te he de hallar.

Soy como el surtidor enmudecido.
Ya otro en el parque erige su canción;
pero como de sed ha enloquecido,
¡sueña que el canto está en su corazón!

Sueña que erige hacia el azul gorjeantes
rizos de espuma. ¡Y se apagó su voz!
Sueña que el agua colma de diamantes
vivos su pecho. ¡Y lo ha vaciado Dios!

LA CONDENA

¡Oh fuente de turquesa pálida!
¡oh rosal de violenta flor!
¡cómo tronchar tu llama cálida
y hundir el labio en tu frescor!

Profunda fuente del amar,
rosal ardiente de los besos,
el muerto manda caminar
hacia su tálamo de huesos.

Llama la voz clara e implacable
en la honda noche y en el día
desde su caja miserable.

¡Oh, fuente, el fresco labio cierra,
que si bebiera se alzaría
aquel que está caído en tierra!

EL VASO

Yo sueño con un vaso de humilde y simple
[arcilla,
que guarde tus cenizas cerca de mis miradas;
y la pared del vaso te será mi mejilla,
y quedarán mi alma y tu alma apaciguadas.

No quiero espolvorearlas en vaso de oro
[ardiente,
ni en la ánfora pagana que carnal línea
[ensaya:
sólo un vaso de arcilla te ciña simplemente,
humildemente, como un pliegue de mi saya.

En una tarde de éstas recogeré la arcilla
por el río, y lo haré con pulso tembloroso.
Pasarán las mujeres cargadas de gavillas,
y no sabrán que amaso el lecho de un
[esposo.

El puñado de polvo, que cabe entre mis
[manos,
se verterá sin ruido, como una hebra de
[llanto.
Yo sellaré este vaso con beso sobrehumano,
y mi mirada inmensa será tu único manto!

(Del tomo *Desolación*, Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1923).

Libros y folletos de ocasión a precios módicos, y al contado

Tenemos encargo de vender los siguientes:

Esquilo: *Tragedias* (1 tomo pasta) ... ¢3.00
R. Rolland: *Vidas ejemplares* (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta) 3.00
Homero: *Ilíada* (2 tomos, pasta) 6.00
J. Muñoz Escámez: *H. Berlioz*: Su vida y sus obras 2.00
Rodolfo Rocker: *Artistas y rebeldes* (Poe, Tolstoy, Wilde, Kropotkine, etc.) 4.00
Tolstoi: *Los Evangelios* (1 tom. pasta) 3.00
Dante: *La Divina Comedia* (1 tomo pasta) 3.00
Plutarco: *Vidas Paralelas* (2 tom. pasta) 6.00
Platón: *Diálogos* (3 tomos pasta) 9.00
Emerson: *El poeta* 0.25
Arturo Borja: *La flauta de ónix* 2.00
R. Rolland: *Nicolai y el pensamiento social contemporáneo* 1.25
Luis Carlos López: *Por el atajo* 5.00
B. Contreras: *Antología de poetas italianos* 0.75
José M. del Hogar: *Las primeras espigas* (novela) .... ¢2.00
Maltrana: *Chile Nuevo* 2.00
P. Henríquez Ureña: *Mi España* 4.00
R. Heliodoro Valle: *Anfora Sedienta* 4.00
Alfonso Reyes: *Cartones de Madrid* .. 1.00
M. D'Azeglio: *Mis recuerdos* (3 tomos) 4.50

NUEVOS HECHOS, NUEVAS IDEAS

Genio y figura

[*Ernesto Kretschmer*, perteneciente a la escuela de Tubinga inspirada por el profesor *Gaupp*, es uno de los psiquiatras jóvenes alemanes de mayor originalidad e independencia científica. La publicación de su excepcional monografía *Der sensitive Beziebungswahn* (Berlín, 1918), en la que con gran plasticidad y sutileza psicológica expone los fundamentos de una nueva caraterología psiquiátrica, le dió a conocer en el mundo científico como una personalidad de suma capacidad y genio para la investigación en esta rama de la patología humana. El éxito ha culminado en su libro *Korperbau und Charakter (Figura y carácter)*, del que han sido publicadas en menos de dos años tres ediciones, y cuyos rasgos fundamentales resume en el trabajo que para este número de la Revista de Occidente ha escrito expresamente].

CUÁL es la sede del espíritu? Se halla tan arraigada en nosotros la idea de que el cerebro es el productor exclusivo de las funciones psíquicas, que siempre pensamos en él cuando se trata de las relaciones entre el cuerpo y la psique. Ya en tiempo de Goethe ideó el anatómico Gall su célebre teoría craneal; según ella, el cráneo es como un vaciado en yeso de los centros cerebrales subyacentes, los cuales alojan determinadas disposiciones psíquicas. Cualquier iniciado en la doctrina podía, pues, leer en los relieves craneales externos de sus semejantes sus cualidades espirituales más íntimas; sus vicios y virtudes aparecían extendidos como sobre una carta geográfica; amor filial, criminalidad, astucia, gracia, religiosidad y sagacidad.

Este famoso ensayo primerizo de un diagnóstico psíquico mediante la estructura corporal fracasó al poco tiempo a causa de su propia insuficiencia psicológica y anatómica. Del mismo modo que de la fisiognómica de Lavater, la ciencia no volvió a ocuparse más de él. No obstante, la teoría de Gall juega aun hoy un cierto papel en los sistemas de fisiognomistas populares.

¿Dónde reside el alma? La antigüedad clásica poseía muy distintas ideas sobre este punto. Sus denominaciones de los temperamentos: sanguíneo, colérico, melancólico, flemático, hipocondríaco, nada contenían relativo al cerebro; hablan de sangre, jugos orgánicos, de «bilis negra». En ellas se refleja la idea psicológica primitiva popular de que el alma reside en la sangre y en los jugos orgánicos. La moderna investigación sobre las glándulas de secreción interna ha hecho renacer la antigua concepción «humoral» del alma. Si en un individuo se altera el desarrollo funcional del tiroides, permanecerá corporalmente enano y psíquicamente ofrecerá el cuadro de la imbecilidad cretínica. Una doble acción semejante sobre el temperamento y el crecimiento del cuerpo poseen las glándulas genésicas, como la castración de los animales domésticos ha demostrado. Las glándulas endocrinas vierten en la sangre substancias químicas excitantes que, circulando con ella, actúan inhibiendo o estimulando y en concertada suma regulan químicamente lo mismo el crecimiento corporal que el desarrollo psíquico.

Si esto es cierto, habremos obtenido nuevas perspectivas sobre la relación entre la estructura corporal y el carácter, y no será, por tanto, posible que en no importa qué cuerpo resida un alma cualquiera, como el contenido de un frasco puede llenar el de otro diferente, sino que hay una «fórmula endocrina» unitaria, una estructura química única, de la cual es producto la individualidad total del hombre, tanto corporal como psíquica. Todo se halla, pues, predeterminado por el plan total de la personalidad, incluso la más pequeña raíz de un cabello. Gentes de espesa cabellera poseen espíritu distinto que los sujetos de hermosa calva, y tipos de gruesa nariz otro muy diferente que los de nariz fina.

Es curioso cómo esta correlación entre lo corporal y lo espiritual cristalizó hace tiempo en tipos fijos en las artes plásticas y en la escena. Santos e idealistas, intrigantes, avaros y fanáticos, nunca fueron representados con vientre. El santo es frágil, sutil, transparente, espiritado; el idealista, esbelto, con flotantes cabellos y nariz bellamente arqueada; el avaro o el fanático aparece en escena flaco, con dedos huesudos y ojos hundidos: el intrigante es giboso y tose. Pero si el hermoso *enbonpoint*, la calva y la gruesa nariz irrumpen en escena, con ellos llega el humor, el materialismo, la sensualidad: el grueso caballero Falstaff, de roja nariz y brillante calva, o la cómica figura de *Auguste Schulze* de los periódicos satíricos alemanes; la mujer del pueblo, de chistosa réplica y sano sentido común, rechoncha, vivaracha, con los brazos en jarras. En una palabra: la concepción popular de la correlación entre la estructura corporal y el carácter contiene, intuitivamente, mucho de exacto; pero, naturalmente, no es suficiente para la comprensión científica de esta cuestión.

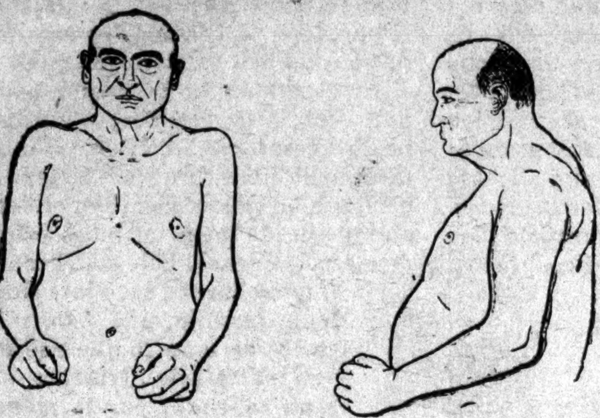
La Psiquiatría aclara de un modo sorprendente esta cuestión.[1] Entre las enfermedades mentales que se engendran a causa de determinadas disposiciones psíquicas heredadas se diferencian principalmente dos grandes grupos: la psicosis circular (maníaco-depresiva) y la esquizofrenia, llamada también demencia precoz o psicosis juvenil. Las alteraciones mentales circulares transcurren de ordinario por oscilaciones periódicas del humor, relacionándose estos períodos como el positivo y el negativo, como la imagen y su reflejo en un espejo: por una parte, en estados de alegría suma, acometividad, exagerada idea de sí mismo y una rapidísima y flúida movilidad del pensamiento y de la resolución. Se designan estos estados con el nombre de manía. Las formas atenuadas de este tipo psicológico de alegre vivacidad se observan entre los sujetos sanos, constituyendo el «temperamento hipomaníaco». Por otra parte, se presentan frecuentemente en la vida de los sujetos circulares períodos de melancolía, con una coloración humoral inversa: tristeza, abatimiento, pusilanimidad y retardo e inhibición de todas las funciones psíquicas. De este tipo patológico se observan toda clase de gradaciones, hasta las formas atenuadas que en la vida normal rigen el «temperamento depresivo», caracterizado por cierta suavidad cordial, grave vida afectiva, lentitud espiritual y exigua confianza en sí mismo.

Es importante saber que estas dos formas de temperamentos, la hipomaníaca y la depresiva, se corresponden íntimamente desde un punto de vista biológico, a pesar de su aparente oposición, puesto que en el terreno patológico las enfermedades melancólicas y maníacas alternan frecuentemente en el mismo sujeto, y en el sano pueden mezclarse ambas formas temperamentales. En estas situaciones medias entre la alegría hipomaníaca y el tono melancólico, nace el humor como una conciliación de los sufrimientos y disonancias del mundo con una sonrisa bondadosa, originándose una forma realista del concepto de la vida, agradable, sociable, inclinada a la sensualidad y a los actos prácticos concretos. Todos los temperamentos que del polo hipomaníaco al depresivo se producen, se designan con el nombre de ciclotímicos.

Resulta de cuidadosos exámenes estadísticos y mediciones del cuerpo, que todos estos sujetos ciclotímicos,

(1) Para más detalles sobre las cuestiones que siguen, véase mi libro *Korperbau und Charakter*: 3ª ed. Berlín. Springer. 1923.

los temperamentos normales lo mismo que sus formas degenerativas patológicas, caricaturizadas en la psicosis maníacodepresiva, presentan la tendencia común a combinarse con un determinado tipo de estructura corporal, que llamamos «pícnico», por lo menos dentro de las relaciones étnicas de la Europa central. Esta combina-



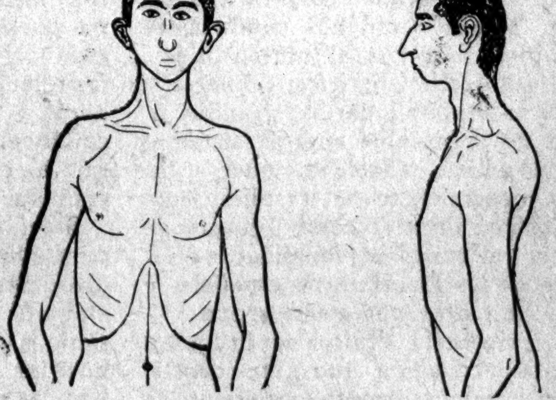
Tipo pícnico

ción, como todas las relaciones entre estructura corporal y carácter, no se presenta excepcionalmente, sino en la mayoría de los casos. Bajo la denominación de pícnico comprendemos aquellas figuras de baja estatura, de miembros cortos, rechonchas, cara ancha, blanda y fresco color, con tendencia a la corpulencia; los hombres provistos de fuerte barba y con propensión a la calva. Un ejemplo típico de la forma corporal pícnica femenina es la madre de Goethe. Una mujer del más perfecto temperamento ciclotímico, de tipo hipomaníaco, alegre, radiante, afable, de conversación chispeante, fuerte y natural. Goethe heredó de ella la parte ciclotímicopícnica de su ser: la sociabilidad cordial, el criterio realista de su pensamiento, especialmente en el dominio de las ciencias naturales; la manera prolija y agradable de sus narraciones, la propensión a ligeros cambios periódicos del humor; y por el lado corporal, su forma algo corpulenta y achaparrada, desarrollada principalmente en la segunda mitad de su vida.

Análogas formas de estructura corporal pícnica encontramos en la literatura, especialmente entre los prosistas autores de plácidas descripciones, entre los costumbristas de tipo realista y humorístico. En la literatura alemana hay una gran serie de ellos. Entre los sabios, el tipo pícnico se halla representado por un gran tanto por ciento, especialmente entre los que cultivan las ciencias naturales descriptivas, de los que debo citar, por el intenso componente pícnico de su estructura corporal, a Alejandro Humboldt, Darwin, Mendel, Pasteur y otros muchos. Por el contrario, es escaso el tipo pícnico entre los matemáticos, y muy raro entre los grandes filósofos. En los hombres corrientes de nuestro pueblo alemán se encuentran formas pícnicas, principalmente entre los sujetos de alegre locuacidad, activos, o en los bondadosos y de tranquilo buen humor, o en los sentimentales de gran bondad cordial. Éstos tipos se desenvuelven en la vida práctica con vigorosa actividad y un ingenuo buen sentido, o como sensualistas cómodos, algo materialistas y amigos de la charla de café.

Ahora bien, encontramos en nuestro pueblo otras formas diferentes de la estructura corporal: ciertas figuras esbeltas, ya endebles, delicadas; ya enjutas, de cara estrecha, angulosa, aguda nariz prominente y mandíbula exigua, que designamos con el nombre de leptosomáticas y que, en su forma anormalmente más pronunciada, llamamos tipo asténico. Se dan además figuras atléticas de talla esbelta, vigorosa, de recia osamenta, musculosas, de amplios hombros y cabeza alta y erguida. Los tipos leptosomáticos y atléticos se observan entre los enfermos mentales, especialmente en los pacientes de esquizofrenia (psicosis juvenil). Las alteraciones mentales esquizofrénicas se presentan de preferencia en la época de la pubertad, y en los casos graves conducen a un derrumbamiento de la personalidad psíquica, que deja tras sí un estado de demencia permanente. Estas formas graves nos interesan menos para la investigación de la personalidad que las manifestaciones ligeras de la alteración esquizofrénica, de complicadísima psicología, aunque, en otro sentido, de gran valor para la investigación psíquica general. Nos interesa ante todo la personalidad característica de ciertos tipos que hallamos en el círculo inmediato a las psicosis esquizofrénicas, es decir, en los parientes más próximos de tales enfermos y en el mismo enfermo antes de la aparición de la psicosis. Designamos a estos tipos con el nombre de personalidades esquizoides. Los sujetos esquizoides forman un gran grupo de caracteres fácilmente determinables. El esquizoide se caracteriza por una peculiar reserva mental que llamamos «autismo». Son sujetos inclinados a lo raro y original y tratan de eliminarse del mundo circundante para poder vivir en el reino interior de sus propias ideas, ensueños y deseos. Con esto llegan a tener con frecuencia un aire estrambótico, en parte voluntariamente contrahecho, en parte idealista o romántico, y, en los casos más favorables, una gran autonomía, una lógica abstracta y un modo peculiar de querer y de pensar. Este autismo, este hermetismo frente a lo real circundante puede depender en el sujeto esquizoide de dos cualidades contrarias del temperamento: de un lado, de cierta frialdad y embotamiento sentimental, de insensibilidad para las alegrías y dolores del resto de los hombres; o precisamente de todo lo contrario, de una susceptibilidad excesivamente delicada, nervosismo e hiperestesia que los retrae del mundo como defensa, porque al esquizoide delicado le hacen sufrir internamente las impresiones vulgares de la vida diaria, provocándole un estado de tensión convulsiva. Frialdad de sentimientos por un lado, delicada susceptibilidad nerviosa del otro constituyen los dos polos entre los que se forman los temperamentos esquizoides, del mismo modo que la vida sentimental del ciclotímico oscila entre el polo hipomaníaco y el depresivo. Frialdad y susceptibilidad suelen combinarse frecuentemente en el mismo sujeto esquizoide, formando extrañas asociaciones según la preponderancia de una u otra cualidad.

Estas tipos esquizoides propenden, como el propio esquizofrénico, por término medio, a las formas de estructura corporal delgadas, leptosomáticas,



Tipo asténico

o atléticas, de recia musculatura, y a ciertas formas degenerativas del cuerpo que omitimos aquí.

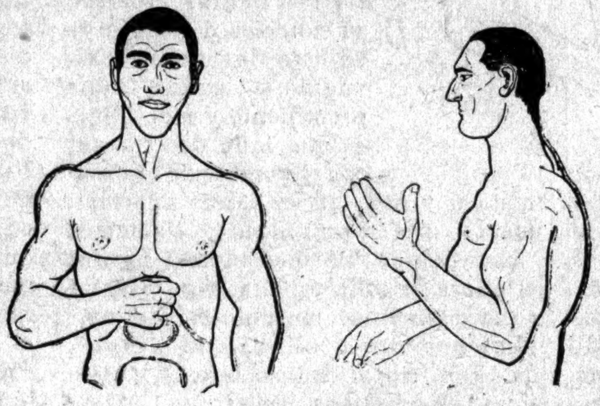
Si se estudian estas formas de estructura corporal, especialmente las leptosomáticas, paralelamente con las cualidades psíquicas correspondientes al hombre normal, encontraremos un gran grupo de constituciones y temperamentos que pueden ser compren-

didos bajo la denominación de temperamento esquizotímico. En estos sujetos se combina, por ejemplo, la estructura corporal enjuta y de agudo modelado con un espíritu autista, frío y nervioso. En los casos más favorables poseen los esquizotímicos precisamente aquello de que carecen los ciclotímicos: fino espíritu, capacidad de abstracción, idealismo, energía serena y tenacidad; y en los casos más pronunciados les falta precisamente lo que caracteriza al ciclotímico: materialismo, cálidos sentimientos, adaptabilidad y humor.

La herencia humana, que constantemente mezcla todas las disposiciones y cualidades espirituales y corporales, permite la existencia tan sólo de un determinado porcentaje de temperamentos puramente ciclo o esquizotímicos, e intercala entre ellos una serie de formas mixtas.

Temperamentos esquizotímicos y la correspondiente estructura corporal del grupo leptosomático, y en parte también del atlético, se observan ante todo entre los líricos puros (siempre que, al mismo tiempo, no sean narradores realistas), entre ciertas naturalezas patéticas, románticas e idealistas, y, además, de un modo pronunciado, entre los dramaturgos trágicos, cuyo objetivo literario fundamental se haya formado por la lucha estéril del espíritu autista contra su contorno. Son esquizotímicos entre los sabios, principalmente los filósofos clásicos y muchos matemáticos. Espléndidos ejemplares de esta clase encontramos, por ejemplo, en Descartes, Spinoza, Locke, Kant, Voltaire; en Schiller, Calderón, Dante, Miguel Angel y muchos otros. También muchos conductores de la historia universal muestran este cuño esquizotímico: fríos, déspotas y fanáticos revolucionarios, grandes figuras de inexorable energía sistemática y gélida tenacidad, que, a las veces, coparticipan de un misticismo metafísico. Figuras como Ignacio de Loyola y algunas personalidades relevantes de los Habsburgos españoles y alemanes pertenecen a este grupo.

La psicología étnica confirma en parte la correlación que entre constitución y temperamento acabamos de describir. De las dos razas principales de la Europa central, la raza nórdica es más de tipo leptosomático: esbelta, de miembros largos, cara estrecha y nariz aguda; en tanto que la raza alpina establecida en torno de los Alpes corresponde, según la descripción de los antropólogos, al tipo pícnico: tipos de baja estatura, rechonchos, de cara ancha y blanda. Correspondientemente se distingue también en el carácter del pueblo el elemento esquizotímico, principalmente en los pueblos septentrionales, como en los ingleses y alemanes del Norte: frialdad, reserva y energía tenaz; mientras que en los pueblos que poseen un gran contingente de raza alpina, como una gran parte de los italianos y franceses y algunos troncos sudalemanes, se da un temperamento de tipo intensamente ciclotímico, ante todo hipomoníaco: vivacidad alegre e ingenua, efusión y sensualidad. Es significativo que dentro de esta zona étnica nórdicoalpina, predominantemente en la esfera de la raza nórdica más acentuada, nacieran los grandes filósofos y dramaturgos trágicos: Inglaterra, Alemania del Norte, Norte de Francia, y, por el contrario, las grandes capacidades artísticas, pictóricas y musicales se hayan dado en la zona de la raza alpina, esto es, en Italia, Sur y Centro de Alemania, hasta Holanda y en Francia, siendo rarísimas en los troncos nórdicos.



Tipo atlético

Todavía no ha sido investigado cómo se comportan estas cosas en la raza mediterránea, de la que, en gran parte, se halla compuesto el pueblo español. Sin embargo, parece ser que las relaciones entre la estructura corporal y las alteraciones mentales se conducen de un modo semejante, según ha comprobado Sacristán por vez primera.

Si el diagnóstico del espíritu mediante la estructura corporal continúa prosperando en este sentido, proporcionará nuevos caminos no sólo al sabio y al artista, sino también al conocedor práctico de los hombres: al hombre de negocios, al pedagogo y al juez.

ERNESTO KRETSCHMER

(Tomado del Nº 2 de la *Revista de Occidente*. Madrid).

Dr. Alejandro Montero S.

MEDICO CIRUJANO

de la Universidad Real de Roma.

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Azorín y los escritores de América

Conocí a Azorín allá por septiembre de 1914, recién llegado a España e ignorante todavía de las convenciones de esta sociedad literaria. Estábamos en San Sebastián. Él viajaba por los pueblos de Francia, en esas fiestas de soledad y de espíritu que tanto ama. Él, tan curioso, no creo que haya tenido entonces verdadera curiosidad por las cosas de América. Hablamos de aquella literatura: me declaró francamente no conocerla muy por detalle, aunque desde luego me pidió informes de ciertos jóvenes. Este solo hecho fué muy elocuente para mí. No cabe duda, me dije, que Azorín se da cuenta de todo lo que sobresale, y en materia de literatura americana, atiende, por lo menos, a los saldos definitivos. Pero acaso no se da cuenta—, por no haber querido intentarlo—, de nuestro carácter general, de nuestro ambiente.

—Si no me equivoco—observó—entre ustedes se ha conservado demasiado tiempo el culto y la técnica de Castelar.

Yo no veo ironía en estas palabras; más tarde, el mismo Azorín ha tenido elogios justísimos para Castelar. Pero meparece que en aquel momento se olvidaba Azorín de los orígenes americanos de esta prosa ligera y suelta que tanto conviene a nuestro tiempo; se olvidaba, me parece, de que en Gutiérrez Nájera y en José Martí tiene él mismo—, aunque sin saberlo—, sus precursores.

Recientemente, en *La Nación*, interrogado Azorín sobre los escritores de América, declara su preferencia por Darío y Rodó. Rufino Blanco-Fombona que, con una inquietud de centinela, procura escuchar y recoger todas las opiniones de Europa sobre América, le contesta desde las páginas de *España*.

El choque de dos temperamentos diversos, y aun opuestos, tan definidos los dos, no puede menos de interesar a quien se preocupe de los resultados espirituales de las cosas. Blanco-Fombona es el escritor que se da todo en sus palabras, en sus líneas, y Azorín está todo él entre líneas. ¿A qué no decirlo con sencillez? Blanco-Fombona quisiera tomar a Azorín al pie de la letra, para revelarnos—, si fuere posible—, sus aspectos débiles. Y Azorín, en cambio, gusta del sobrentendido y la reticencia: las intenciones van siempre matizadas en él, con un sonrojo como de pudor.

Pecado—, si lo es—, propio de su

ritmo mental. Así, sus antiguas páginas sobre Quevedo, apenas se sienten, y son de lo más terrible que sobre el Siglo de Oro se ha escrito. Por nuestra parte, tanto nos seduce la insinuación fugitiva de Azorín como la evidencia valerosa de Blanco-Fombona.

La verdadera respuesta de éste consiste en decir que él, a su vez, prefiere, sobre Azorín, a Unamuno, a Pérez de Ayala, a Ortega y Gasset. Por nuestra parte, todos los colores excelentes nos gustan, cada uno en su tinte; no podemos resolver calidades en cantidades, no acertamos a preferir: ni el verde es más que el azul, ni éste más que el rojo, y ni siquiera éste más que el color de rosa.

Pero tampoco sería justo que las *preferencias* de Azorín nos hicieran olvidar sus *deudas* para América; deudas que él es el primero en reconocer. Más aún: deudas que, sin su propia declaración, no habríamos podido averiguar. Tan personal es así en todas sus obras, y a tal grado asimila y transforma las posibles influencias que ha ido recibiendo en el curso de su carrera. En *Los valores literarios* nos revela—, no lo hubiéramos sospechado, y aún nos resistimos a creerlo—, su deuda para con Fray Candil.

En realidad, de lo que se preocupa Azorín, es de España. Por eso se acuerda tanto de Francia; por eso, y por lo que le debe en la formación de su espíritu. Se acuerda de las cosas americanas cuando afectan a España. (Yo recojo con interés, en *Clásicos y modernos*, página 120, la decepción ante el hecho de que Ercilla no pinte el paisaje americano). En *Clásicos y modernos* también ha juzgado *La gloria de don Ramiro*, de Enrique Larreta, como obra de exageración en todos los sentidos de la palabra; y en el prólogo de no sé qué guía, la declara obra de poco sentimiento castizo. En *La Justicia y la Especie*, agradece «al notable venezolano Pedro Emilio Coll» el descubrimiento del filósofo español Ramón Campos.

Yo hago un voto para terminar: que Azorín llegue a interesarse más intensamente por las cosas de América. Su mismo entendimiento de España se robustecería. Dígalo José Ortega y Gasset, para quien el viaje a la Argentina no ha sido ocioso—, ni pudiera ser de otra suerte en esa naturaleza activísima. De tiempo atrás, América ha logrado interesar a Unamuno. Baroja todavía se resiste, y (¿quién lo creyera en el intérprete del bárbaro Avinareta?) habla todavía con sorna de las plumas de América. El día que conquistemos a Azorín—, dígolo como lo siento—, podremos enorgullecernos de haber ganado un noble testigo.[1]

ALFONSO REYES.

(Del tomo *Los Dos Caminos*, Cuarta Serie de SIMPATÍAS Y DIFERENCIAS, Madrid, 1923).

(1) Esta nota fué escrita hace años. Más tarde, *Azorín*, en las reuniones del P. E. N. Club, ha demostrado el más ardiente y vivo interés por América: está ganado. Hoy, 4 de julio de 1923, acabo de recibir unas líneas suyas, respuesta a cierto programa que le envié de una *Fiesta de la Danza y de la Canción*, celebrada en un pueblecito de indios, de México:

«Querido Reyes: esos indios son la América—, la *América directa*—, que yo más quiero».

REFLEXIONES Y LECTURAS

La tragedia de Alemania

«Durante meses y meses se ha estado diciendo que Alemania iba derecha al caos. Se halla ya en pleno caos. Es un proceso silencioso de descomposición. Una tragedia sórdida, sin estallidos dramáticos, por el momento. Todo puede venir».

JULIO ALVAREZ DEL VAYO: *Desde Berlín*, en *El Sol*.

«... Soy, como usted, un admirador del genio que se ha manifestado durante una larga historia en el pueblo francés. Nadie puede negar los méritos que tiene Francia, la dulce Francia de antaño.... Pero, ¿por qué considera Ud. inferior la cultura alemana, aunque confiese que Alemania es también una de las columnas de Europa? Distintos son todos los hijos del gran Dios; no se asemeja el uno al otro. Y si alguien aprecia lo que ha dado al mundo mi patria alemana—y usted lo hace—, ¿por qué echarle en cara constantemente los defectos que tiene, o que tuvo, o que parece tener...?»

La queja llega hasta mí desde el mismo corazón de Germania. Allá, junto a las orillas del Saale, en Halle, la ciudad universitaria, no lejos de la inolvidable Weimar, gloria del espíritu, un profesor sajón, el doctor Werner Mulertt, ha contestado en una sentida epístola a un viejo artículo mío de *La Libertad*. Las últimas noticias sobre la tragedia interior de Alemania hacen, para mí, más doloroso y más respetable ese noble reproche. Veo a mi amigo, el joven y docto filósofo, representante de esa clase media intelectual condenada al hambre y al frío mientras todavía el obrero come y el industrial especula. Le veo robar unos instantes a sus estudios sobre el *Amadís* para enviarme esa carta, franqueada con algunos miles de marcos... antes de que un nuevo decreto eleve el precio de los sellos en un dos mil por ciento.

«A mí me parecería más justo—añade el profesor de la Universidad hallense—decir en este crítico momento toda la verdad al pueblo español. Y es: que más seduce y fascina siempre al hombre de gusto el genio francés... y que se debe, sin embargo, confesar que en tal conflicto—el de la ocupación del Ruhr—los franceses tienen gravísima culpa».

Perdón, querido colega... Las culpas de los unos se engendraron fatalmente en las de los otros. ¿Quién, entre las grandes potencias, podría tirar la primera piedra?... Pero yo no voy a hablar de política internacional en estas líneas. No discutiré la cifra de la indemnización que debe satisfacer Alemania. Ni me preguntaré hasta dónde llega todavía su capacidad de pago. Ni compararé los puntos de vista de Francia y de Inglaterra sobre el problema

Si pesca un dolor de cabeza
tome Obleas Cefálicas

Tienen cafeína

de las reparaciones y la reconstrucción económica de Europa. Ni trataré tampoco de las cuestiones de fronteras, ni del pacto de garantía entre los Estados contra posibles agresiones futuras...

No. Mi propósito es otro. Cualquiera que sea la suerte de la Alemania oficial, del Reich, lo único que importa a la verdadera civilización, lo único que interesa a los amigos de esa civilización verdadera, es que, sobre este caos, vuelva a flotar, incólume, más que incólume, purificado y engrandecido, el luminoso espíritu germánico, el espíritu filosófico, científico y artístico, el espíritu de Leibnitz, de Kant, de Goethe, de Beethoven y de Einstein; la auténtica cultura alemana, sin la cual mermaría el tesoro ideal del mundo y quedaría mutilada el alma de la Humanidad.

Pase lo que pase, es necesario que quede vivo el espíritu de la vieja Germania. Lo decimos nosotros, los antiguos amigos de la Alemania intelectual, en los tiempos en que la excomulgaban los reaccionarios españoles. Lo decimos nosotros, los enemigos del cesarismo alemán durante la guerra, cuando los reaccionarios españoles se rendían de admiración. Repetímoslo ahora, fieles siempre a los mismos principios; pensando en Goethe, que, en el campamento sajón, frente a los cañones galos, tuvo la sinceridad de proclamar su amor a Francia, y, recordando a Renán, que en el sitio de París, bajo los cañones prusianos, tuvo el valor de reiterar su amor a Alemania. Cualquier discordia profunda entre Alemania, Francia y la Gran Bretaña es una amenaza a la civilización de Europa.

Alemania—escribía Dostoyevsky—es la protesta eterna contra el espíritu romano, protesta que encarna en Arminio; después, en Lutero, y que se renueva más tarde contra los herederos de aquel espíritu, los pueblos de nuestro Occidente. Mas no ha llegado Alemania—según el gran novelista ruso—a formular su propio ideal, un ideal capaz de sustituir al viejo principio romano.

Podrá ser... Pero lo que interesa al mundo, al orbe moral, es que convivan noblemente el espíritu latino y la protesta germánica, con toda la riqueza de sus respectivos matices, y que el alma germana dé también todos sus frutos, y que, a su hora, el genio eslavo, que en el propio Dostoyevsky fulgura como una lívida aurora temblorosa, entre, por su parte, en el universal coloquio, y que, luego, el renacer, ya iniciado, de las antiguas civilizaciones de Asia y Africa nos abra de nuevo las puertas de oro del Oriente...

Decís bien, amigo doctor Mulertt. Distintos son todos los hijos del gran Dios. Lo que importa es que ninguna voz falte en la armonía de la común familia. «Los alemanes—díceme también el profesor de Halle, melancólicamente—no tenemos puertos en el Mediterráneo que nos traigan un poco del aire y divino sol del Mediodía.... No florecen en nuestro país ni el olivo ni la higuera. No podemos tener ese carácter encantador que otros pueblos poseen...»

¿Y por qué no, amigos nuestros de la Germania pensadora e idealista, enamorados de la luz del mundo clásico? Los que tanto debemos a vuestros filósofos y vuestros poetas no repudiaremos la herencia recogida en las aulas de vuestras viejas Universidades. Florecen en vuestro suelo el fuerte castaño, el oscuro abeto y el tilo romántico... Cada pueblo da su propia nota. Tiene su peculiar fisonomía cada uno de los hijos del gran Dios. Lo único necesario es que las manos de todos se junten sobre la tierra para la obra universal. Como cantó vuestro Leibnitz:

> Hallar el bien común no será fácil,
> mas sólo si concordes laboramos.

LUIS DE ZULUETA.

(*La Libertad*, Madrid).

Ensayo sobre la caricatura

I

El Arte, como movimiento interior del alma, es desinterés, ecuanimidad. Como objeto tangible, expresión del ritmo. Las artes puras, poesía lírica, música, pintura, son la simple exterioración de una intuición desinteresada:

> «Yo escucho nada más y dejo abiertas
> de mi curioso espíritu las puertas;
> los versos entran sin pedir permiso»....

Decía nuestro Manuel Gutiérrez Nájera, artista, dicho sea de paso, de tan selecta fantasía y privativa originalidad, que en balde buscaríase otro en la historia de las letras castellanas que debiera llamarse antepasado suyo. Gutiérrez Nájera inaugura en la lírica española lo que podría apellidarse la sensibilidad poética mexicana.

Regularmente, el autor de obras de arte no reflexiona u opina sobre la vida, la refleja; no dogmatiza, canta; no critica, expone. El poeta abre las puertas de su alma y se le entran los versos, es decir, la existencia material y espiritual hecha poesía. El músico también ofrece sus sentidos virginales, «como cinco vastos y profundos mares», al ritmo universal. Un músico puro, Haydn, Mozart o Schubert, es el ritmo cósmico que invade un espíritu humano y lo hace sonoro como el viento de la mañana hacía cantar la estatua de Menón.

El pintor, para emplear la frase áurea de Leonardo, «trasmútase en tantos colores como se le ponen delante». Por esto, cabalmente, tan formidable trabajo psíquico como es la intuición poética, musical o pictórica, resulta inconsciente. Por esto también, los artistas de genio han parecido siempre iluminados misteriosos que reciben de Dios un mensaje directo y terrible, que luego difunden por el ánimo atónito de las gentes, como Moisés recibió, entre rayos y truenos, las Tablas de la Ley en la cumbre del Sinaí.

He aquí todo el secreto del Arte: interiormente, psicológicamente, compenetración con la vida, desinteresada visión o audición; y, al exterior, selección de un ritmo del mundo que se expresa en la obra. El Universo entero es bello. Tan hermoso es Cuasimodo o Falstaff como el David de Miguel Angel: un enano de Velázquez iguala en perfección al Apolo de Belvedere.

Como en ella habremos de actuar, la vida nos veda atender a la obra de Dios. Si pudiésemos desentendernos de nuestro pequeño trabajo cotidiano

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones ASTOR:
ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO
INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE — COSTA RICA

y elevásemos el espíritu, a la pura contemplación, nada sería monstruoso, ni el sol ni la araña, ni el pigmeo ni el gigante. «El ente es bueno en sí» como dijo Santo Tomás. Todo reviste hermosura y sentido profundo para quien sabe ser como el espejo del Vinci que «se trasmuta en tantos colores como se le ponen delante».

II

El caricaturista difiere del pintor en un solo aspecto no más; pero decisivo, fundamental. No solamente ve, sino que opina sobre lo que mira. No es imparcial; colabora con su propia intuición y dice *qué piensa* de lo que ha visto. De aquí que provoque, *ipso facto*, el deseo de reir.

Suponed una linda muchacha frente al lápiz de un caricaturista de talento. No será tan perfecto el modelo que cifre el ideal. Si así fuere, el artista insistirá, v. g., en las exiguas dimensiones de los ojos o en lo diminuto de la boca. La caricatura ponderará el defecto. Volverá insignificantes los ojillos, y la boca, si diminuta en el modelo, tornaráse un leve punto. Y aquel trasunto de Friné exhibirá con descaro sus gentiles imperfecciones en su expresión caricaturesca. El lápiz agudo y malévolo opinó ya que, a pesar de ser bellos, los labios son poquita cosa para concordar con la perfección del conjunto, y que los ojos resultan dos manchas irreales veladas increíblemente por las cejas y como perdidas bajo la desmesurada extensión de la frente. La caricatura insinúa con socarronería: «Es bella, en efecto; pero acaso no le habrían sentado mal una boca menos pequeña y unos ojos en armonía con la frente». De aquí que riamos al contemplar la obra de arte.

También en la literatura existen caritaturas de genio. Recordad, entre otros, al sutil ironista y humorista francés Jules Renard, uno de los más astutos auscultadores de la vida silenciosa de las cosas. Examinad este breve dialogo profundo:

«Las flores.—¿Hará sol hoy?».
«El girasol.—Sí, queriéndolo yo».
«La regadera.—Os pido perdón, queriéndolo yo, lloverá».

O este otro, estupendo de síntesis e intuición:

«La pared: no sé qué calofrío siento por la espalda».
«La lagartija: Soy yo».

A veces la caricatura literaria alcanza proporciones trágicas. Leed el episodio de Sansón en la Biblia. ¡Qué terriblemente ridículo es el amante ciego ante la pérfida Dalila! ¡Cuán hondo dolor; qué risa tan extraña brotan de nuestro corazón ante sus desventuras! La risa de la Escritura intimida y ofusca como la de Shakespeare o la de Cervantes; pero deja en el alma con la pena, un sentimiento sagrado, limpio de toda contaminación.

También la música suele reir. Es en los más grandes, en los mayores de todos los músicos, donde el noble arte del Amor y la Esperanza insondables se atreve a reir. No me refiero, por supuesto, a las operetas de Offembach; ni siquiera al genial humorismo de Schumann o Berlioz. Refiérome a la terrible *Marcha de los Reyes* del Parsifal (que evoca en mi recuerdo, irresistiblemente, los versículos de Sansón, merced a sus firmes notas cortadas y su *ley-motivo* imperioso que cojea, cojea como un monstruo valetudinario); o a la octava sinfonía de Beethoven, de la que dice Weingartner que reproduce en su imaginación el cuento de Hoffmann, en que, mientras se resuelve cierta amistosa charla de sobremesa entre amigos íntimos, a uno de los comensales crécele la nariz descomunal ante sus afectuosos contertulios hasta realizar casi el verso de Quevedo:

«Erase un hombre a una nariz pegado...)

¡Suaves o terribles opiniones del Arte sobre la vida y el mundo! Caricaturas musicales, poéticas o pictóricas! Nuestro siglo gusta, sobre todas las cosas, del arte caricaturesco, poderosamente expresivo y maldiciente. Difúndelo y complácese en sus claros efectos. Es, quizá, que somos más sociables que nunca. La risa, al decir de los filósofos implica y presupone la sociabilidad. Acaso también sea que como nunca gustamos de lo que suponemos implicar cierta fundamental incoherencia de las cosas. De todos modos, la esencia de la caricatura es siempre ésta: por un lado, intuición desinteresada de la vida; por otro, despiadada crítica de lo real. El Arte resulta, a mi ver, más humano con caricaturas que sin ellas. Sin ambajes lo confesó así Rabelais, un insigne caricaturista de genio, al exclamar:

«Pour ce que rire est le propre de l'homme».

ANTONIO CASO

(*Revista de Revistas*, México, D. F).

El simbolismo de tus manos

Por qué adoro tus manos? Manos líricas que en el rezo son palmas votivas, y en la caricia, rito pagano.

Tibias, largas, finas como lirios con venas azules y marfil en las uñas rosadas. Cuando ellas se hunden entre mis cabellos huye la inquietud que me afiebra y me acaricia un soplo de ternura y de paz.

Adoro tus manos expresivas y mimosas, porque tiemblan y vibran sobre el teclado de marfil. Porque a su conjuro nervioso, surge del silencio un paraíso encantado de armonías, donde mi espíritu se pierde acariciando ficciones y ensueños.

Déjame besarlas y que les rece mi oración pagana, porque ellas son el emblema de la nobleza y de la majestad del Hombre sobre todo lo creado.

Instrumento admirable de esa máquina portentosa que es el cerebro, por ellas el hombre ha conocido la grandeza y el poder, y ha afianzado su dominio y su señorío sobre la tierra.

* *

En las edades primitivas, son las manos las que hieren y vencen al monstruo salvaje y encadenan a las fieras de los bosques.

Ellas manejan el látigo, la honda y la flecha, con que el hombre aterroriza a las bestias salvajes y las somete a su dominio.

Con las manos el hombre labra sus primeras cavernas; construye las primeras piraguas para surcar los ríos y los mares; aprisiona al fuego con el roce de dos piedras; y aprende a laborar la tierra para cosechar sus frutos.

¡Benditas las manos! ¡oh pensadores, poetas y artistas! porque ellas vaciaron sobre la piedra y dejaron escrita para la humanidad, sobre los pergaminos milenarios, la herencia inmortal del pensamiento.

Al silencio, ellas le arrancaron el divino secreto de la armonía.

El Hombre no pudo adorar a Dios con todo el exaltado sentimiento de su corazón, sin las manos, que levantaron el templo de Salomón en Jerusalén; las catedrales cristianas de Jesús y las fantásticas mezquitas de Mahoma.

Las manos del Hombre forjaron los monstruos de acero que ruedan por los lomos de las montañas, trasladando pueblos, vinculando razas y sembrando ideas.

Es la mano quien conduce sabia y serena el timón de la nave frágil en la hostil inmensidad del Océano enfurecido.

Ellas trazaron los planos, inventaron las máquinas y combinaron un

Doctor EDUARDO MONTEALEGRE
Cirujano Dentista Americano
Despacho: 2ª avenida O. y calle 4ª S.

juego de dinamos para robarle su energía al cielo y encadenarla a la tierra.

Por las manos, se produjo el milagro de los encajes, de las sedas y de los maravillosos tapices.

Las manos cincelaron los vasos de alabastro y los cálices de oro, en la Judea santa de David, en el Egipto milenario de Sesostris y en la Babilonia suntuosa de Semíramis.

Fueron las manos las que esculpieron los mármoles inmortales en la Grecia Helénica; las que acumularon las piedras y forjaron ese gesto de orgullo y audacia que es la maravilla única de las Pirámides; las que tallaron el rostro monstruoso de las Esfinges en el Desierto y los bajo-relieves estupendos en los muros de los viejos palacios de los Faraones.

Las manos tallaron los diamantes y rubíes de las leyendas, las esmeraldas y los topacios y las coronas fabulosas de los reyes.

Fueron manos sabias de artistas, las que volcaron sobre el mundo, las maravillas de arte del Renacimiento triunfal.

Por ellas, el cerebro del Hombre pudo aprisionar la luz que cambia y la expresión que es vida y el movimiento y la belleza plástica de las formas, en las telas inmortales y en las esculturas griegas.

Era la misma mano que sofrenaba la cuádriga impetuosa en los circos del paganismo en Roma y en Atenas, la que ahora sujeta y dirige la volante del monstruo alado con llantas de jebe, que corre como el rayo, cruzando carreteras y montañas.

Por las manos hemos podido heredar ese encantado artificio de luces y decoraciones, danzas y arte que se llama Teatro, y ellas también nos legaron escrita en los pergaminos, la suprema emoción de las viejas tragedias.

Son las manos nerviosas y fuertes, las que repiten el milagro de Icaro en frágiles aves de lona y surcan las nubes con audacias de águila y consagran al Hombre como Rey del espacio.

¡Benditas las manos de los buenos Apóstoles que pudieron conservar en los Evangelios el divino pensamiento de Jesús para transformar el mundo!

El arte y la ciencia, el dominio y la fuerza, el milagro y la audacia, el placer y el amor, el pensamiento y la armonía; todos valen y viven por ti, y eres el mágico instrumento con que el Hombre ha podido realizar sus sueños de semi-dioses en la tierra.

* *

Ya ves, por qué adoro tus manos, y por qué te las pido siempre para acariciarlas.

Tus dedos embrujados, en el piano me hablan un divino lenguaje que me trae el recuerdo ancestral de otras vidas que he vivido.

Por tu magia, mi ensueño toma alas y me escapo de mí mismo. Cuando busco torturado de ansiedad, el único licor para mis nervios intranquilos, tú me ofreces el lírico ensueño atormentado de Chopín. Y las teclas sollozan angustias, amores y ansias infinitas y mi alma se adormece de embriaguez. y tus manos resucitan la ternura inolvidable y femenina de otras manos bendecidas que mecieron y arrullaron mi inocencia en una cuna.

Y luego, cuando sediento de deleite, yo te pido más y más aún, reaparece el milagro de un fantástico cortejo que me envuelve y me fascina, y siento unas ansias terribles de romper esta esclavitud de la materia, y volverme flúido, luz o éter y no sentirte sino a ti, y vivir un sueño y no despertar...

ALBERTO XAVIER MONTES DE OCA

Desde Lima.

Biblioteca Liliput

Publicada bajo la dirección de VENTURA GARCÍA CALDERÓN.

Casa Editorial Franco-Ibero-Americana, 222, Boulevard Saint-Germain, París.

BIBLIOTECA LILIPUT

¿No dijo ya con razón un escritor francés que han de ser muy breves los libros para sobrenadar sin hundirse en la corriente del olvido? Pocos son los que leen hoy día los doscientos volúmenes de Chateaubriand o de Voltaire; pero *Atala*, algunas páginas de las *Memorias de Ultratumba* o la historia de *Cándido* continúan siendo populares e inmarcesibles. Algo semejante ocurre en América. De la balumba de producciones románticas es preciso salvar algunas páginas admirables que yacían enterradas en periódicos o volúmenes rarísimos. Se impone ya una doble labor, que vamos a llevar a cabo: seleccionar y hacer revivir páginas olvidadas.

Pero no sólo ha de guiar estas selecciones una severa apreciación de valores literarios, sino que han de complacer al más exigente público, por la elegancia de la edición. Trataremos, pues, de que estos menudos libros, destinados especialmente a las mujeres de América, sean cada día más primorosos, por el buen gusto impecable de la presentación tipográfica y el lujo de las cubiertas.

Publicaremos poco a poco los más famosos cuentos y los más ilustres versos, novelas cortas y ensayos breves, obras de «clásicos americanos» y selecciones de contemporáneos reputados.

Obras publicadas:

1. Ricardo Palma.—*La Limeña.*
2. *Las Mejores Coplas Españolas.*
3. Manuel Gutiérrez Nájera.—*Cuaresmas del Duque Job.*
4. Rubén Darío.—*Poesías líricas.*
5. J. Santos Chocano.—*Poesías selectas.*
6. Rubén Darío.—*Poesías épicas.*
7. José Martí.—*Madre América.*
8. Napoleón.—*Pensamientos.*
9. Bolívar.—*Páginas literarias.*
10. ALMAFUERTE.—*Obras:* Tomo I.
11. ALMAFUERTE.—*Obras:* Tomo II.
12. *Las Mejores Cartas de Amor.*
13. González Martínez.—*Poemas selectos.*
14. González Prada.—*Poesías selectas.*
15. *Los Mejores Cuentos Uruguayos.*
16. Rodó.—*Parábolas.*
17. Campoamor.—*Doloras escogidas.*
18. Enrique José Varona.—*Cervantes, Hugo, Emerson.*
19. G. Gómez de Avellaneda.—*Poesías escogidas.*
20. Leopoldo Lugones.—*El libro fiel.*

Todos los libros de la *Biblioteca Liliput* tendrán el mismo tamaño menudo, pero llevarán tres cubiertas diferentes: una en rústica, con bonita cubierta en colores, otra con la misma cubierta, pero encuadernados en cartón, y la tercera que consistirá en una finísima encuadernación de piel, que llevará, estampados en oro, una rosa y el nombre del autor.

Quien habla de la CERVECERIA TRAUBE se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Panamá

La República de Panamá, apellidada por Bolívar el puente del universo en vista de su admirable posición geográfica en que los dos mayores océanos de la tierra se confunden en un beso de paz y en que las dos granporciones del continente americano se tienden las manos fraternalmente, está llamada a un gran porvenir, a ser la Suiza americana.

Políticamente es una república unitaria, dividida en nueve provincias. Las funciones del Estado están delegadas en los poderes legislativo, ejecutivo y judicial. El primero lo compone una Asamblea Nacional cuyos miembros son elegidos por el pueblo. Hoy son 33. En 1924 llegarán a 40 en vista de la cifra que arroja el último censo. La Asamblea se reúne por derecho propio el primero de setiembre cada dos años, por noventa días prorrogables por treinta más. Puede también ser llamada a sesiones extraordinarias por el Presidente de la República cuando lo crea necesario.

El Poder Ejecutivo lo ejerce el Presidente de la República con el concurso de cinco secretarios de Estado, de su libre nombramiento y remoción, los cuales desempeñan estas carteras: gobierno y justicia, relaciones exteriores, hacienda y tesoro, instrucción pública, fomento y obras públicas. El Presidente es elegido por cuatro años, por voto directo y secreto de los ciudadanos.

El Poder Judicial lo ejercen la Corte Suprema de Justicia y los jueces superior, de circuito y municipales. La primera la componen cinco magistrados nombrados por cuatro años por el Presidente de la República. Ella a su vez nombra los jueces de circuito y el superior y éstos los municipales. El juez superior tiene a su cargo los juicios por jurados.

La población de Panamá se acerca al medio millón. El territorio es de 88.500 kilómetros cuadrados y se extiende desde los 6º50' hasta los 9º41' de latitud norte y desde los 77º14'55' hasta los 82º32' de longitud occidental del meridiano de Greenwich. Limita por el este con Colombia, de la cual formó parte hasta 1903, y por el oeste, con Costa Rica. Al sur y al norte con los océanos Pacífico y Atlántico (mar de las Antillas) respectivamente. Goza de un verano casi continuo, con dos estaciones: seca de diciembre a abril y lluviosa, de mayo a noviembre. La temperatura más baja registrada en muchos años es de 15º centígrados y la más alta de 36º. Los vientos son moderados: rara vez corren a más de 40 kilómetros por hora. El clima es agradable y se usa siempre ropa de verano.

Las rentas nacionales llegaron a veintiocho millones en 1921. Y están calculadas en treinta y ocho millones para 1924. La deuda nacional no pasa de diez millones. En los últimos años las entradas han sido mayores que los gastos en algo así como seis millones de francos franceses en oro.

La República de Panamá vive hasta ahora una vida comercial, pero está llamada a un gran desarrollo agrícola. Sus vastas llanuras, sus tierras altas y montuosas, su clima agradable y su diversidad de cultivos convidan a la inmigración. Abundan las perlas en la región del Pacífico, y en todo el territorio las minas de oro, plata, cobre, manganeso y cal. Está comprobada la existencia de ricas fuentes de petróleo. Sus terrenos son ricos en vegetación y propicios al cultivo de la caña de azúcar, el cacao, el café, el algodón, el arroz, los bananos, las naranjas, las piñas, las palmas de coco y la quina. En los bosques se encuentran maderas de construcción y de tinte, caucho, chicle y marfil vegetal.

. . . .

Hay cuatro pequeñas líneas férreas y se adelanta la construcción de caminos modernos en una extensa red. Las ciudades de Panamá, Colón, Bocas del Toro, Aguadulce, David y Chitré son las principales y gozan de todos los *conforts* modernos, sobre todo las dos primeras, que no tienen nada que envidiar a ese respecto a las mayores capitales del mundo.

La inmigración sana y laboriosa es deseada con anhelo, sobre todo si ella proviene de los países europeos y se compone de individuos capaces de resistir el clima, de respetar las leyes, de guardar sanas costumbres y de hacer producir ciento por uno las feraces tierras de labor que parecen convidar a que se las cultive. Los hijos de la Europa central que disfrutan de un clima no muy riguroso se harán fácilmente al clima de Panamá y, por lo sencillas, a las costumbres del país.

GMO. ANDREVE

(*L'Amérique Latine*, París).

INTERPRETACIONES

"La Revista de Occidente"

I

Los pueblos—como los hombres—tienen su segunda infancia. Y los organismos caducos tornan a hacerse balbuceantes y frágiles; vuelven la indecisión y el bucear afanoso e inútil. Luego, en los hombres, la totalidad serenada del silencio definitivo; y en los pueblos, el renacimiento, tímido al comenzar, después impertinente y terco, gracias al fondo latente de experiencias ancestrales.

Tal la trayectoria de la España contemporánea.

El momento finisecular la encontró desalazada y floja: era una Meca mohosa que guardaba, con alma sórdida de avaro, la osamenta de un pasado turbulento. La silueta shakesperiana de Juana la Loca, precisaría en afilados relieves la hora española de entonces. El mismo desequilibrio exaltado, y el angustiado memorar de esa locura coronada, vivía en la expectativa dolorosa de la Península enferma.

Vino luego el renacer promisorio del 98 y, tras desorbitado gestar, la iniciación—post guerra—de un devenir promisorio: en lo político, la aventura indescifrable de Primo de Rivera; en lo intelectual—y muy anterior—el laborar desesperado de un grupo de cultura angular. Y José Ortega y Gasset es el vértice más audaz de ese grupo renovador. Y de la España de hoy.

II

La cultura española sólo ha llegado hasta nosotros a través de los tipos más achulados de su teoría intelectual. Zamacois vivió en América su vida ambigua de Don Juan suburbano gracias a la crueldad torturada con que exhibió, como homúnculos de guignol, a sus camaradas y amigos. Blasco Ibáñez, novelista de barraca, inundó las librerías americanas de páginas esponjosas para halagar el perenne cuaternarismo literario de la canallocracia yanqui. Y el buen Villaespesa—un día glorioso—vino hasta nosotros en plena decadencia, igual a esos toreros trágicos que pasean por nuestros circos desolados sus ataxias claudicantes. Y así el oro de Indias cantó, otra vez, en las bolsas de estos *azotes de judíos*.

Sin embargo, Valle-Inclán, Benavente, Ortega Gasset y Pérez de Ayala, salvan, con su paso fecundo por estas tierras solares, del fracaso concluyente a la quebradiza intelectualidad española.

Por eso tenemos de la España actual un concepto mendicante. No la ignoramos: es peor, la desconocemos. La creemos una nación donde el literato a lo Alvarez Quintero es casi un monumento nacional, y donde tiene significado literario la obra invertida de Vinent y de Joaquín Belda. Donde Carrere triunfa todavía con su organillo de verbena pobre, y Muñoz Seca melodramatiza su estupidez. Y no hay tal: España se precisa hoy como una afirmación en el fervor espiritual de la inquietud contemporánea.

III

Y los grupos novísimos son de una exaltación agresiva. Algunos de los conspiradores del 98 se miran ya como reliquias venerables. Y se precisan nuevos planos de proyecciones audaces. Hay nombres de amplia y recia contextura: Ortega y Gasset, Pérez de Ayala, Eugenio D'Ors, Díez Canedo; y nombres de agudísimos arrestos: los Gómez de la Serna, Miró, Antonio Espina, Assens... Resultado de este dinamismo es *La Revista de Occidente*, fundada en Madrid por Ortega y Gasset. No es una publicación revolucionaria: es un índice de evolución. Hecha a base de un diletantismo de la más ponderada aristocracia: porque la tragedia mundial acabará por el triunfo de una minoría de hombres selectos y serenos. *La Revista de Occidente*—y el nombre tiene una irresistible petulancia — quiere recoger, coordinar y lanzar otra vez la vida ideológica del mundo occidental. No trae arrestos de barricada roja aromados siempre de miseria y estupidez—; es una obra normaliana de hombres ponderados y audaces, que quieren destruir mundos menores para luego entretenerse en volverlos a hacer.

Y así en sus primeras entregas coinciden las aristas más divergentes, dándole un capitoso deleite para los que gustamos de todas las ideas vírgenes como de todas las mujeres bellas. Baroja, quebrado y áspero, dice en una de sus páginas maestras la vida airada de Marsella, la griega; Ortega y Gasset alaba sabiamente la espléndida armonía de Ana de Noailles; un filósofo alemán, Jorge Simmel, divaga sobre la filosofía de la moda; Juan Ramón Jiménez—el dulce Juan Ramón de los jardines románticos—se nos presenta bajo un nuevo aspecto: prieto, henchido de adustos pensares; Gómez de la Serna hace una pirueta rusa y Antonio Espina azota cruelmente, con elegancia perversa, las espaldas gloriosas del abuelo Galdós. Y todo esto bajo una riquísima presentación exterior: en papel suave y blando donde las letras retorcidas adquieren un profundo encanto sensual. Una revista de selección que honra—ella sí—a España y al momento español: tal *La Revista de Occidente.*

IV

Y así la Península caduca inicia ya su emancipación, y la inicia concretándola en cifras de tan alto valor como esta nueva Revista. Y también comienzan desenfadadamente su inquietud nuestras hermanas de América, y la resumen en publicaciones de exaltada tensión.

En cambio nosotros, disfrazados de atenienses, no señalamos todavía un límite en nuestra evolución de ideas; ni tenemos siquiera un papel fugaz que reuna las condiciones de orientación y desarrollo intelectual reclamado con dureza apremiante por el vértigo actual. Nuestros balbuceantes ensayos de revistas literarias han vivido horas ligeras; y—para vergüenza de nuestros áticos blasones—somos hoy los únicos, entre los pueblos de origen ibero, incapaces de exhibir una publicación donde se recojan las voces dispersas que asombran al mundo.

Nuestra sordomudez intelectual se agrava: somos un pueblo algodonado; y ante el huracán espiritual que hace tambalear la esfera loca sabemos un indolente alzar de hombros: «¿Qué le importa todo esto a Sirio?» Y, en verdad, ¿qué le importa?

JOSÉ UMAÑA BERNAL

(*El Gráfico*, Bogotá).

Eduquemos a la opinión pública

...Entre un político inglés, que pronuncia cien discursos al cabo del año, y uno nuestro, que recibe a diario cincuenta visitas de otros tantos solicitantes de favores y todavía la de contestar un centenar de cartas impetradoras de mercedes, no estamos seguros de que los nuestros trabajen menos que los británicos. Hasta es posible que trabajen más y que su trabajo sea más penoso. Pero la diferencia de labor es evidente. La de los ingleses consiste principalmente en educar a la opinión pública acerca de los problemas políticos del día. La de los nuestros, en cambio, es una tarea de favoritismo, que sería preferible se quedase sin hacer, porque ha de recordarse que, por lo común, no se acercan a los hombres públicos más gentes que las que van a pedirles una ilegalidad o una injusticia. Los nuestros son, si se quiere, más administradores que los ingleses, en cuanto que sus principales cometidos consistían en emplear a sus recomendados, en ascender a los amigos, en facilitar ciertas contratas, en acelerar el despacho de ciertos expedientes, etcétera. Pero el antiguo lema de: «Menos política, más administración», no debe ser tampoco interpretado en el sentido de administrar en beneficio de amigos y electores, y en perjuicio de todos los demás.

RAMIRO DE MAEZTU

(*El Sol*, Madrid.)

Asteriscos

...Habiendo estudiado especialmente el asunto, afirmo hoy como lo hice algunos años ha en mi libro *Didáctica:* las escuelas normales mixtas son, precisamente, las que jamás han ofrecido un solo caso de inmoralidad; y en cuanto a las de mujeres, no conozco ninguno satisfactoriamente comprobable. Pero, aunque hubiera tal cual incidente esporádico: ¿habríamos de generalizar, por ello, la mancha sobre toda una profesión que, para mejor, es casi la única abierta a la actividad de la mujer, sin explotación ni sospechas, y no resultaría ello tan inicuo cómo pretender que todas las monjas, por ejemplo, son al estilo de aquella casquivana Lucrecia, querida de fray Filippo Lippi para mayor perfección?

*

...Vincular la sociedad con la escuela es una importante obra democrática, que los institutos normales han conseguido precisamente en las provincias.

*

...Pero el grande elemento de defensa nacional será la escuela argentina dirigida por maestros argentinos, y mejor aún, criollos como aquellos excelentes diputados y como la mayoría de los normalistas del interior. El sentimiento nacional y la cultura, que es, ante todo, delicadeza de alma y conciencia de la propia dignidad, vendrán, así, como sucede en los organismos bien constituidos, de adentro para afuera.

LEOPOLDO LUGONES.

(*La Nación*. Buenos Aires).

Hacemos nuestra esta saludable advertencia de nuestro ilustrado colega «España», de Madrid:

Esta Revista no puede mantener correspondencia con sus numerosos colaboradores espontáneos ni publicar ningún trabajo conforme a la impaciencia del remitente, sino a la medida del orden que le imponen sus límites cuantitativos y sus necesidades cualitativas.

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica